



DE LA GENERACION  
CHILENA DEL '68:  
¿OMNIPOTENCIA, ANOMIA,  
MOVIMIENTO SOCIAL?

GABRIEL SALAZAR V.

# ARGUMENTUM AD HOMINEM

Hacia la 'ruptura' a la que se precipitó el torrente histórico normal de Chile —en 1973—, confluyeron desde el pasado múltiples 'trayectos'. Pues cada generación, estrato, grupo o clase social llegó cavando, hasta allí, su cauce particular.

Las ideas de cada grupo —sobre todo las que portaban identidad social— reflejaron el movimiento. Pero reflejaron no sólo la etapa de confluencia, ya que, más tarde, han recogido también el modo de 'entrada' de cada grupo a la ruptura, su 'naufrajo' específico, y su 'hollamiento' particular de la salida.

Para una perspectiva científica de inspiración estructural-objetivista, la consideración de ese movimiento sólo podría tener legitimidad epistemológica si —y sólo si— se observase sincrónica y sinópticamente el conjunto de 'ais' cauces y trayectos. Esto, en razón de que sólo en ese conjunto podría ser hallada la 'causalidad necesaria y suficiente' para dar una 'explicación' a lo ocurrido.

Para la sensibilidad histórica, en cambio, cada trayecto comporta, en su particularidad, la misma 'legitimidad epistemológica' que la consideración de los trayectos conjuntos. Sólo que de otro modo. Y en este modo, acaso, comporta más. Porque, a decir verdad, a través de la 'ruptura' hendida desde 1973, los cauces particulares han transportado una carga social más compleja y rica que los 'procesos conjuntos'. Por ejemplo, la prepotencia de las expectativas previas, el drama de las equivocaciones propias, la tragedia de los naufragios, la incertidumbre de la salida. Sin bien los cauces particulares pueden contener sólo un delgado torrente 'causal', a cambio están repletos de una 'historicidad' más viva. Es por esto que, en este estudio, optaremos por uno de ellos.

Nunca las 'rupturas históricas' han paralizado la historia. Aun las mayores catástrofes provocadas por ellas han sido finalmente absorbidas en el remolino inteligente de las tendencias bloqueadas. Las 'rupturas' no son más que una interrupción forzada de las tendencias históricas dominantes en la vida de una sociedad. Sin embargo, suelen hundir hitos críticos de explosión profunda, cuyo reven-

tón normalmente ocurre en el centro de los grupos más desposeídos. Es entonces cuando, desde el mismo bajo fondo de la 'ruptura', comienzan a erguirse movimientos sociales que buscan —insistentes, como las mareas— resoldar los bordes cercenados de las tendencias históricas interrumpidas.

La recuperación de la historicidad 'normal' no parece ser, con todo, una tarea simple. Ni fácil. Desde un punto de vista epistemológico, por ejemplo, eso involucra la necesidad de 're-conocer' el trayecto y la entrada propias a la crisis (escudriñando errores y flaquezas en carne viva); 'sentir', además, la naturaleza específica del naufragio, y, por último, 'proyectar', en línea con otros, las huellas de la salida. Difícilmente podría considerarse todo eso como un ejercicio epistemológico meramente 'objetivo', o como un trote intelectual de rutina. Y menos como 'otra' demostración palmaria de viejas doctrinas. En honestidad, en la recuperación de la historicidad 'normal' está envuelto y comprometido el sujeto social de cada uno en bastante más de lo que un intelectual objetivista estaría dispuesto a conceder. Reconocer este hecho es de suma importancia hoy en día; a *fortiori*, cuando parece conveniente evitar que, so pretexto de la indiscutida legitimidad epistemológica del enfoque estructural-objetivista, no se centre la actividad intelectual en el desarrollo histórico de las opciones y responsabilidades 'propias'. Vale decir, precisamente en el núcleo social viviente de la historicidad real.

¿Es posible examinar 'historiográficamente' los trayectos contemporáneos de la historicidad viva? Desde un punto de vista objetivista, no. Pues en ese caso no se daría una clara y distinta distancia gnoseológica entre el sujeto cognoscente y el objeto conocido. La ciencia histórica formal, académica, podría, en razón de eso, declinar su participación en el esfuerzo social (chileno) tendiente a re-soldar la ruptura histórica abierta en 1973. De hecho, mayoritariamente, la ha declinado. Pero esta actitud no hace sentir menos a los actores sociales la necesidad de 're-conocer' —esto es, examinar en longitud y del modo más crítico posible— sus trayectorias particulares a través de la ruptura. Pues no hay otro modo racional para resolver las 'co-

recciones' y planear el remonte 'social' de la crisis. Esto significa que los actores sociales de inspiración racional están conminados a hacer por sí mismos y en sí mismos —es decir, como sujetos— lo que la ciencia histórica declina realizar, por inhibición 'objetiva'.

Se puede decir, pues, que así como hay una ciencia histórica formal de Chile, hay también un denso haz de 'historizaciones' particulares, contemporáneas, inter-subjetivas, de cada día. Y que, mientras la primera se limita a recoger los procesos ya consumados, objetivados y estructurados, las segundas se esparcen como regueros de pólvora al interior de los procesos mismos, contribuyendo no sólo a su consumación, sino también a su resoldamiento y desarrollo. La ciencia histórica formal es una empresa académica de responsabilidad histórica limitada, que asegura a los historiadores prestigio profesional pero anonimato histórico, mientras acumula 'verdades objetivas' que se deben más a los principios lógicos fundantes de la disciplina que a los procesos en los que se inspiran. Las historizaciones particulares, en cambio, se deben en todo momento a los principios actuantes de la historicidad viva, donde la ciencia no es otra cosa que lógica urgida, racionalidad a toda marcha, responsabilidad histórica ilimitada, personal, inmediata. Es por esto que las historizaciones particulares incurren inevitablemente —mejor dicho: viciosamente— en el pecado escolástico del *argumentum ad hominem*.

Este estudio procura sumarse a la marea de resoldamiento de la ruptura abierta en 1973. A este efecto, pretende presentar críticamente una 'historización particular', asumiendo desvergonzadamente el supradicho pecado; a saber: la de los jóvenes chilenos que, englobados bajo la denominación de "nueva izquierda", se formaron y eclosionaron históricamente en algún segmento de la década de los 60 (que aquí llamaremos 'generación del 68'). La observación de este cauce particular se hará examinando de modo comparado y controversial los testimonios histórico-ideológicos de algunos de ellos. Eso incluirá —como es de rigor en la lógica intersubjetiva— introspecciones, diálogos, controversias y análisis interpretativos. El conjunto convocará hacia el futuro. Pero, ¿por qué la generación del '68?

En parte, porque no es muy desmentido el hecho de que este específico contingente social cavó su cauce particular más 'ilimitadamente' que ningún otro grupo chileno coetáneo. Sobre todo, por su sobre-extendida percepción de la sociedad global. El reconocimiento crítico de sus ideas puede, por lo tanto, hipotéticamente, proporcionar una lectura singularmente sensitiva, no sólo de su

trayecto propio a través de la ruptura, sino también del proceso conjunto.

Y en parte, también, porque el autor de esta exploración re-cognoscente, sin bien no perteneció cronológicamente a la dicha generación, sí experimentó en conciencia propia el vértigo de este cauce particular. Esta circunstancia —que para otra perspectiva sería una limitante— permite en este caso combinar, legítimamente, los extremos propios de lo inter-subjetivo: la interioridad y la facticidad. O sea, los fundamentos centrales de la crítica.

Las únicas 'fuentes primarias' que se utilizarán en este estudio son los testimonios, trabajos y opúsculos de —como ya se dijo— algunos 'participantes' de la generación del '68. Podría discutirse si esos algunos han sido o no representantes absolutos de ella. Sin embargo, lo que aquí interesa, en el contexto de su representatividad 'relativa', es que sus testimonios son por ahora los únicos al alcance, y en cualquier caso constituyen un inestimable 'pretexto' para discutir la trayectoria de este cauce particular. O sea, para 'historizarlo'.<sup>1</sup>

## PARA EL ESTUDIO DE LA GENERACION REBELDE DEL 68

Como mecanismo general o central de explicación histórica, la dialéctica generacional, o inter-generacional, ha sido consistentemente descartada. No obstante esto, no es infrecuente observar que, en determinadas fases del proceso social, extensos conglomerados de individuos aparecen expresando una mentalidad valórica relativamente homogénea y una predisposición compartida a comportarse de cierta manera. Esto suele ocurrir en las fases visperales de los tiempos de ruptura y/o en sus fases crepusculares; períodos en los que la urgencia por el cambio y la urgencia por la estabilización, respectivamente, son percibidas por los sujetos históricos con intensificada profundidad. La presencia de este fenómeno permite utilizar el concepto de 'generación' como un recurso epistemológico de responsabilidad objetiva limitada, como aquí se hará.

En la historia de Chile es posible hallar algunos casos de este tipo. La generación de 1800, por ejemplo, (precurso-

<sup>1</sup> Gran parte de este estudio se sustenta en el análisis y la crítica de los testimonios y trabajos de Eugenio Tironi, que, en cierto modo, lo inspiraron. Debo destacar su actitud receptiva y abierta cuando esos análisis y críticas fueron manifestados en un seminario realizado en SUR en abril de 1986. La publicación de este trabajo se debe a una sugerencia suya.



ra de la ruptura independentista) comulgó notoriamente en un pensamiento desarrollista en el económico y semi-autonomista en lo político. Su *'masa'* estuvo constituida, principalmente, por mercaderes; su reducto institucional fue el Tribunal del Consulado y su adalid mayor fue don Manuel de Salas. Como se sabe, esta generación se vio sobrepasada y dispersada por la juventud rebelde de 1810, que, en buena medida, se apoyó en los grupos propietarios subordinados a la élite mercantil. No pocos de los rebeldes de entonces se guiaron por el carisma de J.M. Carrera.

La llamada *"generación de 1842"*, en cambio, flotó sobre dos resacas: la producida por la crisis de la Independencia, y la de los experimentos políticos del *"pipiolaje"*. Sintió urgencia por la identidad y la estabilidad. Luchó, en consecuencia, por establecer un orden institucional racional, un estado *"en forma"* y una expresión cultural propia. Fue una generación de hombres maduros, que reconoció como líderes, en lo cultural, a Bello; en lo político, a Portales; en lo financiero, a Rengifo; y en lo empresarial, a Waddington, Lambert o Urmeneta.

Tanto la generación de 1800 como la de 1842 fueron, en general, de expectativa optimista y de conducta *'estructurante'*.

La crítica de un régimen e incluso de una sociedad declinantes, constituyó el eje en torno al cual se aposentó la generación de 1910. A pesar de estar compuesta tanto de individuos jóvenes como maduros, esta generación tendió a especializarse en la crítica y corrosión de lo que criticaba, más que en la proposición de un sistema alternativo. Fue, por ello, de actitud *'desestructurante'*. Se rodeó de un definido *'pesimismo histórico'*. Entre otros, la poblabon hombres como A. Ross, E. Mc Iver, A. Venegas, etc.

Su sucesora: la larga generación que cubrió el período 1919-38 —y aun más acá—, heredó ese pesimismo desestructurante, pero para reformularlo constructivamente. Pues, en lo fundamental, se abocó a un quehacer institucionalizante y democrático-desarrollista, diluyendo al final su alborada anarquista. A la altura del hito de 1938, ya era una generación que respiraba optimismo histórico e irradiaba legalismo *'estructurante'*.

Según Ortega y Gasset, la *"altura de los tiempos"* —es decir, la percepción social de la etapa contemporánea con respecto a la etapa anterior o cualquier otra etapa— tiende a producir la generalización de una determinada mentalidad, o emotividad epocal. Según esto, las *'generaciones'* podrían ser tipificadas según si son optimistas o pesimistas; si se especializan en la crítica *'des-estructu-*

*rante'*, o en las proposiciones *'edificantes'*. Naturalmente, la aparición de una *'generación'* (en el sentido que aquí se le da) no se produce sólo por la reacción consensual de una multitud frente a la aparente consolidación de ciertos símbolos epocales, pues también —y predominantemente— eso depende de las presiones descargadas por la situación coyuntural y estructural de la sociedad. Lo que debe ser tenido en cuenta.

La larga generación 1919-38 fue, sin lugar a dudas, optimista, estructuralista, normativizada y normativizante. Como tal rigió e influyó los destinos nacionales hasta bastante más acá de su pináculo 1938-45, pues su influencia es rastreable fácilmente hasta, cuando menos, 1973; fue, a veces, el sabio decir de los *"viejos demócratas"*, o bien, la prevalencia de los partidos políticos institucionalizados (que fueron capaces, aunque con dificultades, de asimilar y vaciar el llamado *"baño"* de los años 50); otras veces, la originalidad de las tácticas revolucionarias de formato legalista (*"revolución en libertad"*, *"vía chilena al socialismo"*, etc.); y, no lo menos, el autoritarismo siempre supremo de las *'comisiones políticas'* (el senado minúsculo de la vieja guardia).

Sin embargo, y con movimiento acelerado, todos los experimentos y grandes proyectos de la generación 1919-38 se precipitaron al fondo común de la *'crisis nacional'*. Y ello a causa del cerco tendido por las *'economías de guerra'* de EEUU sobre América Latina. O por las espirales inflacionarias internas. O por el anti-estatismo infeccioso de los monopolistas nuevos. O por el burocratismo del Estado *'benefactor'*. O por las improvisaciones políticas de las direcciones partidarias. O por la atomización ideológica de los bloques electorarios. O por las negociaciones transables a diestra y a siniestra.

La crisis, en consecuencia, fue *in crescendo*: económica en 1943, política en 1947-8, social por 1950 y global en 1954. Esta última marcó, para muchos chilenos (jóvenes), el fracaso de los modelos de los años 20 y del 38. Pero para otros (la *'vieja guardia'*), ella no marcaba otra cosa que el inicio de una *'segunda etapa'*. Una etapa de reformas, de perfeccionamiento, de insistencia tecnificada. Y la vieja guardia volvió por sus viejos fueros, ahora corregidos: primero en 1958 (para fracasar en 1962); luego en 1964 (para fracasar en 1967), y finalmente en 1970 (para fracasar en 1973). Como es fácil comprender, la repetición insistente del *'fracaso'* no tuvo otra repercusión *'juvenil'* que magnificar al máximo las críticas que se habían estado dirigiendo contra las *'estructuras'* levantadas (y transadas) por los viejos de 1920 y de 1938.

La crítica se magnificó del siguiente modo: el desarro-

llo, en última instancia, no era sino subdesarrollo (y, además, desnacionalización). La democracia no era sino un instrumento aritmético ideado por la burguesía dependiente para potenciar a sí misma con soberanía popular escamoteada. ¿Y qué era la "cultura nacional"? Esta emulación estéril de 'lo extranjero'; o bien, consumismo estupefacto; o, por último, valoración universalista de los gustos particulares de la clase dominante. En lo que hacía al célebre Código Civil, éste no era más que un subproducto del siglo XIX, una graveta de derechos patriciales sobre la tierra y del hombre medieval sobre la mujer pecaminosa. ¿Y qué otra cosa podría ser entonces el Estado sino lo que había dicho Lenin?

La crítica, acelerada a fondo, precipitó el cuestionamiento de todo el orden social chileno.

Es que los jóvenes de la "nueva izquierda" crecieron históricamente rodeados, en todos los frentes, por la senectud de los proyectos puestos en marcha el 20 y el 38. La misma repetición del fenómeno dio tiempo, aun, para "redondear" el arco de la crítica y, por contraste, hacerlo aún más magnífico. Pues los jóvenes se ayudaron no sólo con los "clásicos" (Marx, Engels, Lenin, Trotsky) y los "fraternos" (Mariátegui, Recabarren, el Che, Fidel), sino también con los "exóticos" (Sartre, Marcuse, Althusser, Poulantzas, Ho Chi Minh, Kim Il Sung, Giap, etc.). Hacia 1968, la contemplación del monumento (o arsenal) crítico generaba ya el nihilismo necesario para inducir en sus observantes la compulsión a sepultar definitivamente el senescente orden social chileno. Tanto más cuanto que, desde París, la Revolución de Mayo daba a todo eso su espaldarazo lejano.

La mayor parte de la generación joven del '68 se descolgó, así, del orden normativo que se había construido en Chile desde 1919, y, ya fuera de él, comenzó a organizarse para tomarlo por asalto. Es decir, fue una generación que se hizo anómica, por opción crítica y descuelgue práctico. Y más aun: hizo de esa anomia —como se verá— el fundamento ideológico y social de su ascensión revolucionaria. La crisis del orden viejo, unido al efervescente desarrollo de la vida democrática chilena desde mediados de los años 50, creaban, además, un marco de blandura y permisividad relativa que hicieron practicable y aun "legítimo" el desenvolvimiento y la organización de conductas rebeldes. En ese contexto, la generación del '68 pudo transformar su anomia 'de crítica' en una forma magnetizada de 'vida alternativa' y en una forma revolucionaria de 'hacer política'.

Y pudo verse, bajo el arco de la crítica, vigorosos des-puntes de historia nueva. Asambleas públicas, por ejem-

plo, de las que emergieron organizaciones dispuestas a destruir, de hecho y no sólo de derecho, el orden viejo. O periódicos anunciando lo que vendría. O miles de jóvenes brillantes, que desertaron de sus carreras universitarias —renunciando con ello al brillo del *establishment*— para profesionalizarse, a cambio, en la cruzada por los 'cambios estructurales'. Es que una nueva ética, de entrega y responsabilidad totales —"sin retorno"— atronó las venas juveniles. De ella —o de otro lugar— se instituyó de algún modo el 'derecho' a disolver las antiguas relaciones domésticas. Es que la familia resultó ser crecientemente incompatible con las demandas militantes de la cruzada. Eso incluía, a menudo, desahuciar los matrimonios, en aras de la liberación sexual y la expresividad emocional. O bien, puesto que la juventud rebelde portaba la fuerza de un nuevo presente histórico, el reclamo de que ella debía estar presente y co-gobernar cualquier institución donde ese presente fuese indispensable. Y era por todo ello que se cuestionó las acumulaciones pretéritas de propiedad, declarándolas desiertas, a fin de permitir las 'ocupaciones' necesarias. Las iglesias fueron, entonces, revaloradas, esta vez, sacralizando el derecho a la rebelión legítima. Los claustros universitarios fueron abiertos, vaciado su narcisismo académico y convocado el bajo pueblo a la alta cultura. Impactados por la fuerza avasalladora del presente joven, los intelectuales desprendieron de sus análisis el pasado histórico, y lo arrojaron, como "fardo inútil".

¿Qué proyectos alternativos portaba la generación del '68 a cambio de su arco crítico, su anomia implícita y su activismo abolicionista?

Unánimemente, la respuesta era: "una sociedad socialista".

Pero, ¿qué era eso, en verdad? Es decir, ¿cuál era el enraizamiento histórico y social de esa nueva sociedad? ¿Tenía algo que ver con las 'experiencias socialistas' de la vieja guardia? ¿Cómo era la 'práctica socialista' de los jóvenes rebeldes del '68?

Algo parece hoy evidente: la nueva sociedad visualizada por esa generación se hallaba alojada más en las volutas del 'arco crítico' que en la 'historicidad social' de quienes creían portarla. El socialismo 'crítico' de esos años —no el de la vieja guardia— sólo contenía un perfil general, indiferenciado en lo particular, del socialismo 'realizable' en Chile. Como tal, no estaba en condiciones prácticas de regir uno por uno los innumerables aspectos cotidianos de la rebeldía autoanómizada de los jóvenes —y de otros no tan jóvenes— del '68. El socialismo 'crítico' de esos jóvenes no era, en rigor, una 'norma social'

tico', de la organización revolucionaria. Pues no se trataba de desarrollar un socialismo de base sino de tomar por asalto 'el poder'. En consecuencia, la única norma que, por excluyente, prevalecía, y por prevalecer, se hacía positiva, era la de '*luchar hasta las últimas consecuencias*'. El poder, y no otra cosa, fue el '*valor*' que nutrió las normas que rigieron la juventud rebelde del '68. Y la idea de poder más bien que su concreción social.

Fue por eso que la idea de '*poder*' se estructuró montándose sobre la de '*pueblo*'. La clase popular comenzó a ser caracterizada, sobre todo en la práctica, como una fuente inagotable de fuerza político-material. Como la materia prima elaborada políticamente por la magna empresa partidaria, en lo inmediato, para combatir, y en lo lejano, para construir sobre ella la nueva sociedad. La auto-liberación socialista se hizo '*programa*'; el programa, '*estrategia*'; la estrategia, '*lucha*', y la lucha, '*conducción partidaria*'. La militancia concluyó por absorber, en el individuo politizado, el resto de su tejido social. Estando ese tejido en proceso de acuartelamiento, la democracia abandonó los espacios abiertos, públicos, multitudinarios, y se auto-recluyó puertas adentro, haciéndose democracia '*privada*', de partido. Allí dentro, fue absorbida por la centralización jerárquica del poder partidario. Desde ese momento, todas las instituciones y tejidos esencialmente '*sociales*', comenzaron a ser vaciados de sus objetivos específicos, y, ya exangües, adosados al circuito acumulativo del '*poder*'. No teniendo el movimiento rebelde del '68 ningún tipo de demanda ocupacional o socio-económica para sí mismo —signo frontal de su cruzada—, y habiéndose desembarazado de la pesada carga de una institucionalidad senecta, se halló de pronto reclamando para sí y para su proyecto de poder el conjunto de la sociedad proletaria. Y también algo más que ésta. Pues, en rigor, acumulaba '*poder*' succionando lo '*social*'. O sea, rescatándolo más bien que sumándolo.

La generación rebelde del '68 contrapésó su anomia totalizada por la crítica, con la idea de un poder totalizado por su anomia. Este circuito le permitió, cuando menos, estrangular cualquier asomo de angustia anómica, y colocar, sobre ese hueco, una pesada auto-imagen de vigente, aun para ellos mismos. No podía, por lo mismo, constituirse en una célula social viva, germinal y anticipatoria de la sociedad nueva por venir. En su defecto, rigió una sólida red de normas formales —no de contenido— relativas a la disciplina militante, que reducían el socialismo práctico a la anonadación de lo '*social*' dentro de lo '*poli-omnipotencia*'. Sobre ese terreno creció entonces, con fuerza, su voluntarismo histórico. Un voluntarismo *ex ni-*

*hilo et post nihilum*, que era capaz de planear sobre la vacío de las normas abolidas. Así forjada al hierro, la generación rebelde del '68 se sintió llamada a desempeñar roles (generalmente inconsultos) de vanguardia revolucionaria.

En tanto que vanguardia, los rebeldes del '68 se alistaron en diversas organizaciones y movimientos. En este sentido, se podría decir que, como contingente '*social*' reaccionando frente a los fracasos repetidos de la vieja guardia, la generación del '68 se identificó a través de actitudes y avaloraciones similares, pero que, en tanto '*vanguardia*' que asumió un decidido accionar político, se disoció en un cierto número de estirpes rebeldes. Así, es posible distinguir, hacia la derecha de la '*nueva izquierda*', un sector de inconfundible savia cristiana; hacia el extremo opuesto, aun otro de atavismo tradicionalista y reaccionario. Como quiera que hayan sido las actitudes políticas que estas estirpes compartieron (disciplina militante, arrollador discurso teórico, centralismo orgánico), no cabe duda que fue en la '*nueva izquierda*' donde ellas se manifestaron de un modo más vanguardista y acérrimo, marcando con mayor fuerza el contraste con la aparente decrepitud de la generación decadente. Aquí nos interesa examinar sólo la trayectoria de la '*nueva izquierda*' y de su trinidad política: crítica a fondo, entrega sin retorno, poder total.

Los rebeldes de la '*nueva izquierda*' cultivaron una elevada imagen ética de sí mismos. Con ello, alimentaron constantemente su '*carisma personal*'. No importa cuán eficiente haya sido este carisma para la realización de los objetivos últimos, ello no fue óbice para que esos rebeldes se sintieran obligados a exigir de su periferia tanto como creían exigirse a sí mismos. Y eso habría estado bien, a no mediar la existencia de la '*anomia de crítica*'. Pues exigir a una periferia '*social*' lo que una vanguardia '*anómica*' (disociada) se exigía a sí misma, equivalía en muchos sentidos a someterla a una presión disociadora, con riesgo de su misma '*identidad*'. La vanguardia marcaba ritmos que, por su velocidad, sólo podían ser seguidos '*ciegamente*' por las bases, trastabillando el tranco del pueblo. En el crecientemente lejano horizonte, los líderes tendían al autodeterminismo político, haciéndose '*soles rojos*'. Las bases tenían, por momentos, la sensación de caminar tras la luz tenue de una infalibilidad lidal. En esa marcha, los trabajadores y profesionales maduros, con carne y huesos sociales, sintieron pronto que su cotidianeidad no-militante se les petrificaba encima, como un vergonzante terno pequeño-burgués, o como una pecaminosa '*propiedad privada*' que podía —y debía— centralizarse, como otra '*infra*' para la organización. En el camino —cues-



ta arriba y cuesta abajo— la incomodidad orgánica de esas bases creció. De rebote, su *'nivel de entrega'* decreció. Y fueron quedando a la vera del camino (*"a la organización no se renuncia: la organización expulsa, o margina"*).

Desde su horizonte, los *"soles rojos"* miraron, hacia abajo, la vida cotidiana, y la vieron *"chata, gris y oscura"*. Desde allí no podía *'sentirse'* —especialmente en la sangre— el verdadero tranco del pueblo. O sea, el tiempo concreto del proceso *'social'*. No es extraño que surgieran, entonces, crecientes desfases entre el tiempo de las agendas liberales, y el tiempo real de las bases. Y comenzaron a percibirse, por ejemplo, irrupciones de informalidad en los compromisos, improvisaciones de última hora, sobrelaboraciones (mentirosas) de la capacidad orgánica del Partido, desproporción entre las programaciones verbales y la movilización real, etc. Atrapado entre una anomía social *'de hecho'* y un poder total *'de idea'*, el movimiento rebelde se enfascó en un activismo creciente con rendimientos políticos decrecientes.

Abruptamente, en 1973, la impotencia secreta quedó al desnudo. Pese a lo dicho, los rebeldes no dieron *"un ejemplo de lucha"*. Aquel día, las bases creyentes se agolparon en el camino, esperando órdenes. Las menos creyentes sintieron el llamado agudo de su ser social, y retornaron a su punto cotidiano. Las órdenes bajaron desfadas: llegaron, pero ordenando para ayer. Tras la llamada social vino el caos disciplinario. Todo fue muy rápido y, en un sólo día, se vivió el ayer.

Luego de la derrota, el sentimiento de omnipotencia anómica tendió a disgregarse, tras una diáspora de transformaciones diferentes. No para *"los que luchan 24 horas"*, sino para *"los que luchan toda la vida"*, eso significó sublimar la prepotencia anómica en un declinante heroísmo anómico. Si la prepotencia anómica se había examinado, principalmente, a demoler el orden viejo y la cotidianeidad pequeño-burguesa, el heroísmo anómico se anudó, cual dilema coreizado, en torno a la vida misma del militante: *"te hacen mierda si no hablas, y te vuelves mierda si hablas: ¡patria o muerte!"*. Así, si en el comienzo la negación del sistema dominante constituyó la fuente positiva del *'poder'*, en el final, el poder dependió de la muerte *'positiva'* del militante. Había, pues, que convertir la derrota en una victoria ética, en una expresión irrenunciable de la omnipotencia ideológica.

Y no fue extraño que, en ese contexto, la política civil —es decir, referida a la existencia social positiva— fuera calificada como un romo ejercicio académico. Como un pasatiempo intelectual de retaguardias. Casi, como fermentación contra-revolucionaria de blandos y derrotados.

En una tierra ya fracturada por la erosión dictatorial, sólo tenía validez —se pensó— la noción post-política del *'estado de guerra subjetivo'*. La entrega final. Así, de pronto, dictadores y rebeldes *'heroicos'* se hallaron habitando la misma mentalidad políticamente desesperada. Los primeros, en su fase de omnipotencia (anómica) activa. Los segundos, en su fase de heroísmo (anómico) pasivo. Hacia 1978 éstos, y hacia 1983 aquéllos, comenzaron a sentir el incómodo drenaje de una caudalosa *'deserción social'*. Era su modo particular de entrada al *'naufragio'*.

Pero la historia de la generación rebelde del '68 no concluye donde se empañó el ramal de *"los que luchan toda la vida"*. Pues también continúa la odisea particular de los ex-militantes. De aquellos que, frontalmente, asumieron su derrota y la anomía subyacente. Y también de aquellos que, tranquilamente, *'se fueron a su casa'*. En suma, de aquellos que creyeron hallar *'otras'* formas de trabajar por el cambio social. Aquí nos interesa, en particular, la evolución ideológica de los que asumieron reflexivamente la derrota y, de alguna forma, también su anomía.

Pese a su aparente localización retaguardista, el asumir la crisis (el naufragio) no ha sido un acto de costo rebajado. Arrastrarse a sí mismo en tiempos de derrota es, a veces, casi tanto como enfrentar al enemigo, sólo que sin tener a mano, como en el último caso, un *'refugio interior'*. Asumir la crisis significa, por ejemplo, integrar socialmente el *factum* de la derrota, la exclusión, la degradación y el menoscabo físico. Para muchos, eso equivale normalmente al despejamiento catastrófico de su identidad social. Y para los que se sintieron alguna vez omnipotentes sobre el vacío de su anomía, eso puede significar el desfondamiento anonadante de su ser político. Pero eso no es todo. Asumir la crisis también significa reconocer los errores perpetrados por uno mismo a lo largo del proceso. Para quien se sentía, además de omnipotente, políticamente infalible —y, por añadidura, *"sol rojo"*—, eso equivale a menudo a decidir o aceptar giros de 180 grados; o sea, la negación perpendicular de sí mismo. Y aun hay otro aspecto: se trata también de resolver el problema de cómo administrar con naturalidad un *'hombre cotidiano'* (*"chato, gris y oscuro"*) que, con la derrota, explotó como un gigante entre las manos.

A mayor abundamiento, estos planos, aunque pertenecen a diferentes genealogías y estratigrafías históricas, se intersectan, se entrecruzan, y se vician recíprocamente.

Por todo ello, los que han asumido su naufragio se han sentido impulsados a practicar lo que antes no habían practicado: el reconocimiento empírico del oleaje circun-

dante (no su mera intelección teórica); la invocación a la historia (no la pura gravitación diacrónica de las estructuras); la búsqueda de los actores en su testimonio cotidiano (no la sintonía exclusiva de la voz militante); el inventario de la crisis propia (no la mentira de la fuerza propia), etc. Uno tras otro, los intelectuales (otrora rebeldes) de la izquierda chilena se han encaminando al reencuentro de un santuario olvidado: el de la Historia. La fe que los ha movido ha sido, sin duda, la necesidad de re-conocer las 'trayectorias propias'. Sin embargo, como toda fe, ésta ha sido sólo motivacional, punto de arranque de un peregrinaje que, en este caso, no se ha dirigido a re-conocer la trayectoria propia sino a investigar objetivamente el 'proceso conjunto'.

El proceso conjunto carece, como se sabe, de interioridad. No siendo, en sentido estricto, 'sujeto', sino sólo 'objeto', no demanda de por sí formulaciones de autocrítica, declaraciones de responsabilidad social, justificaciones por giros de 90 ó 180º ideológicos, o esfuerzos de perseverancia renovadora. Sí exige reconstituciones empíricas (crónica); o descripciones teóricas (trazado de perfiles, parámetros, o escenarios rotantes); o explicaciones estructurales (encasillamiento conceptual de los hechos), etc. A nivel del 'sistema' sólo pueden ocurrir fracturas de tipo catastrófico o entramamientos transitorios de las funciones orgánicas (fundamentales) de la sociedad. O explosiones profundas del modo de producción; A ese nivel no hay nada realmente nuevo bajo el sol. Por tanto, no hay 'renovación', sino, sólo, reanudación. Es por ello que el grueso de lo que se ha escrito a este respecto se refiere, por ejemplo, a la crónica política de la Unidad Popular; o bien, a la mensura del catastrofismo golpista; o a los "escenarios" posibles de la restauración democrática, etc.

La macroscopía epistemológica de la crisis ha impedido, por diferencias de escala, centrar las perspectivas en la línea débil del hollowamiento 'social' de la salud. Esta línea, arada en piel propia y a ras de sociedad, es de vuelo lento y bajo, pero se orienta al resoludamiento social de las rupturas. Como los cóndores, necesita tomar vuelo. Y aunque tarde, vuelva lejos. Pero además de lejos, sube tierra fresca, sangre revitalizada, ideas nuevas. Renovación. Algo que los procesos estructurales suelen ignorar, atentos como están al gigantismo de sus parámetros de siempre. Historicidad que sólo puede renovarse —es decir, ser lo que es— en los dramas minúsculos de intento y recreación que se agitan en el bajo fondo social. Y en el fondo de cada uno.

Al focalizar el 'proceso conjunto', la renovación de los métodos intelectuales y su volcamiento hacia el empiris-

mo y la historia —un hecho notable en sí mismo— no ha hecho otra cosa que restablecer el rol 'central' de la crítica, de un modo que no se diferencia demasiado de lo ocurrido a este respecto en los años 60. Pues constatar por doquier los filos estructurales de la ruptura equivale, con mucho, a centrarse en la crítica total al 'orden dictatorial'. Tanto más, cuanto que hoy esta crítica no tiene como base una mera rebelión juvenil, como en los años 60, sino el derecho soberano del conjunto de la sociedad. La nueva 'crítica' no es de rebelión frente a un orden histórico, sino ante la destrucción arbitraria de ese mismo orden.

A 20 años de su rebelión, los jóvenes del '68 se han encontrado con la oportunidad de seguir desarrollando su vocación 'crítica', pero ya no para destruir el orden de los viejos del 20 y del 38, sino, más bien, para restablecerlo. Sostener la crítica en una posición dominante a lo largo de dos décadas puede significar la reactivación de una de las fuentes más activas de la anomia de izquierda. Anomia que, eventualmente, puede conducir a aquello de 'adoras hoy lo que antes habías quemado'. Como el juego del *zero sum*, la anomia histórica de los rebeldes del '68 podría y puede fluctuar entre el anverso y el reverso de su rostro de Jano. Como una transacción permanente con el 'objeto histórico' de la crítica. Yendo del abolicionismo al conservadurismo.

Sin duda, hoy —así como ayer— hay razones de peso para criticar. Ayer, era la necesidad de acabar, de una vez, con un orden senecto que arrastraba, sobre el pueblo, sus pies. Hoy, es el imperativo de rescatar los derechos del hombre, la libertad, la democracia. Sin duda. Pero el problema de todo ello no radica en las razones para criticar, que fueron y son de peso, sino en la centralización monopólica de 'la crítica'. Pues esa centralización lleva en última instancia a la destrucción o reedificación del 'Estado', pero no al desarrollo central del 'Pueblo'. Es que ninguna 'anomia social' puede desarrollar al Pueblo, sino sólo la afirmación del 'proyecto social' que emana de él.

La crítica al 'orden dictatorial' se sustenta en razones de equilibrio histórico, de resoludamiento social de las rupturas. Situada allí, está compulsada y regida por una serie de deberes ineludibles, que la nutren de contenido ético. Nadie —o pocos, o bárbaros— puede por lo tanto restarse a ejercerla. Sin embargo, en tanto niega la negación, esta nueva crítica afirma, 'en general', el orden histórico levantado por los viejos del 20 y del 38. También, 'en general', afirma la institucionalidad política pre-dictatorial. Por lo mismo, restaura 'de modo general' la funcionalidad y la validez de los partidos políticos históricos de la Derecha, el Centro y la Izquierda. Y sobre



todo ello, 'en general', resitúa la vieja clase política (con sus veteranos del 38, el 58, el 64 y el 70, y en rebelión, bajo ellos, los "soles rojos") en sus cumbres cupulares, como en el pasado. Ante la destrucción arbitraria, el sentido común reacciona en términos conservadores, restañando la herida por medio de echar mano a las tramas institucionales más gruesas del pasado.

Eso parece razonable y sano, en tanto se trata de destrucción y restituir los tejidos vitales dañados. Pero no es tan sano ni razonable que, para hacer eso, haya que producir una 'estampida' multigeneracional en dirección a las 'estructuras'. Que la vieja guardia corra a hurgar entre las ruinas el sillón de sus antiguos mandos. Que los rebeldes de otro tiempo invadan los partidos del 'viejo orden', a pesar del escozor histórico que eso produce en sus úlceras políticas. Que, en fin, en virtud de todo eso —y de algo más— se abandonen las posiciones "de suplencia" que, durante el naufragio, se tomaran junto al Pueblo, desestimando, a las postrimerías del tiempo dictatorial, las perspectivas 'desde abajo', por el hecho de que se están retomando, 'por arriba', las perspectivas nacionales de las superestructuras. Revalorizando, de nuevo, el carisma promotor de 'las organizaciones', y desechando, como desperdicio súbito, los 'grupos comunitarios del Pueblo', las ideas de 'movimiento social', de 'educación popular', de 'proyecto histórico popular'. Motejando a los que se han rezagado en esas "prácticas de repliegue, hoy superadas", de románticos, o "basistas", cultores de "comunitarismo populista", etc. No es sano ni razonable anteponer, por enésima vez, el centralismo estructural de la política a la historicidad social de las necesidades del pueblo chileno. Especialmente cuando bajo ese centralismo late una anomía social ya añeja, pero activa, y cuando esas necesidades han sido potenciadas a un máximo sin precedentes en este siglo.

No parece haber otro modo de salir del naufragio que —junto a las operaciones 'conservadoras' de emergencia— construir un movimiento político de cara al futuro más bien que en carrera hacia las estructuras. Estar de cara al futuro significa construir sobre la corriente del movimiento social del Pueblo. En perspectiva 'desde abajo'. Utilizando el historicismo no sólo por un interés 'conservadorista', o para medir en las fuerzas populares su grado de derrota o su falta de organización, sino en función del desarrollo de un real proyecto histórico de las bases. Póngase de pie, nuevamente, el bosque institucional. Pero ese bosque carecerá de vida, de historicidad a toda marcha y, por lo mismo, de futuro socialmente posible si, antes, no se pone de pie el único 'sujeto' legítimo de la historia chilena.

La anomía de la juventud rebelde del '68 ha descrito, pues, ya, una multisignificativa historia. En su mejor época, inspiró una 'entrega sin retorno' sin precedentes en la historia política de Chile, que generó, en torno suyo, un vértigo activista de atracción irresistible. Sobre esa base, permitió el desarrollo de inmensurables sentimientos de omnipotencia, que parecían bastarse a sí mismos para finalizar el proyecto revolucionario. Sin embargo, estaba hecho para precipitarse en la nada. De modo que, como la vieja guardia, la nueva también tuvo su naufragio. Hoy, juntas, hollan un proyecto restaurador, de salida.

Si excepcional llegó a ser su culminar, su fracaso no ha sido menos rico en situaciones límites, y sus quiebres han permitido mirar hasta una profundidad hasta ahora desconocida en el proceso político nacional. Por todo esto, es una historia 'particular' que merece ser mejor conocida.

## DIALOGO HISTORICO SOBRE OMNIPOTENCIA Y NAUFRAGIO<sup>2</sup>

"Seamos francos: sincerémonos.

Yo, ex-militante revolucionario de la nueva guardia que supe de la pobreza en el rincón de mis padres y oí la rabia sorda de tantos viejos, y vi los ricos en el horizonte, a horcadas sobre el gobierno, me esforcé un día, quizás dos, gané un dinero, un poco de prestigio, un no sé qué de respetable, llevando los pobres adheridos a mi piel, como tatuajes de la infancia, hasta esa tarde empapada de conciencia... tomé una mañana las banderas del pueblo..."

"No fue difícil que nos persuadieran a enrollarnos en un partido del pueblo. A creer que lo correcto era despojar a los que tenían mucho para darle a los que tenían poco. No fue difícil, no: es que necesitábamos ser convencidos, y antes de leer 'los clásicos' —y a veces, sin leerlos— sabíamos que teníamos razón. No teníamos que investigar nada, ni inquirir nada, ¿para qué, si la injusticia era evidente, los clásicos eran científicos y la razón —o, cuando menos, la justicia— estaba de nuestro lado? No había, pues, que preocuparse demasiado por 'interpretar' la reali-

2 Basado en extractos tomados de: E. Tironi, "Sólo ayer éramos dioses...", *Andaluz*, enero 30 (1979), y A.R. & G.S., "Notas acerca del nuevo proyecto histórico del pueblo de Chile" (Mimeo, Hull, 1982) y *Utopía*, 1:4 a 2:12 (1984) y 1985).

dad, sino por transformarla. No se trataba de ser un 'sujeto social de la política', sino un 'militante' en un partido organizado para la acción".

"En nosotros, aquel sentimiento de omnipotencia que, para bien de la especie, cada cual lleva consigo, fue llevado hasta el límite... El mundo lo sentíamos en nuestras manos... Lo que hacíamos, trascendía más allá de nosotros: contribuir a moldear los destinos del país... Podríamos engorruquecernos de nuestra rebeldía, de nuestra voluntad histórica... No entramos pidiendo permiso: éramos los dueños del país, los más apropiados escultores de su destino; o al menos, así nos sentíamos, lo que para este caso da lo mismo".

"Fuimos militantes en la tarea de expropiar a la burguesía, redistribuir la riqueza social, apoderarnos del Estado nacional. No fue ése un trabajo fácil...".

"Tuve que desarrollarme como cuadro político. Perfeccionar mi militancia partidaria. Asumir las tareas de conducción que correspondían. Redefinir mi carrera profesional y mis roles domésticos y privados. Rehice mi escala de valores, mi código personal. Es decir, incrementé en varios grados mi compromiso con el Partido y entré en un proceso profundo de transformaciones personales, tanto en el plano profesional, como familiar y social. En una palabra: me redimensioné".

"Si nos resultaba discutible el planteo de un profesor, lo interrumpíamos... si las condiciones de trabajo nos resultaban intolerables, organizábamos una asamblea, un paro, una huelga o una toma... nos tomábamos las universidades, los liceos... nos apropiábamos de un sitio... nos tomábamos la Catedral de Santiago...".

"Mis responsabilidades políticas crecientes me llevaron de un lado para otro... A fines de los 60 ya era yo un hombre sin tiempo libre... sin tiempo para estar en casa con mi mujer y mis niños... Frente a la rica y multifacética actividad social intra-partidaria (consumada toda a nombre del pueblo), mi mundo personal y familiar comenzó a empalidecer, a vaciarse de contenido y sentido, a transformarse en un apéndice crecientemente incómodo... para el buen desenvolvimiento de mi proceso de redimensionalización individual y social".

"Si la familia se volvía limitantemente rutinaria y

hasta coactiva, la abandonábamos, y en muchos casos nos casábamos -muy jóvenes-... No había temor. Casi todo nos estaba permitido...".

"A nadie nos extrañó mucho que algunos de nosotros uniesen teoría y práctica conforme la más pura deducción lógica, y terminásemos un día proclamando la abolición de todas las instituciones tradicionales a-militantes, como el matrimonio, la familia, el amiguismo, la relación interpersonal en tanto que tal... ¿No era, después de todo, el partido revolucionario, no otra cosa que un anticipo práctico de la sociedad liberada del futuro?".

"Durante el Gobierno de S. Allende... nuestra generación llegó hasta el paroxismo. Se rompió casi todo límite. Fue algo así como una explosión de 'omnipotencia popular'... fue un carnaval maravilloso de iniciativas de creación... lástima que todo eso no haya dado origen a una institucionalidad nueva destinada a convertir en 'sistema' ese carnaval...".

"Cuando vino el Golpe... salí en la mañana decidido, a paso de carga. A mediodía, pensaba con cierta angustia en todo lo que tendría que abandonar para asumir consecuentemente la lucha. En la tarde y en la noche, la angustia comenzó a acosarme: ¿dónde estaban las masas? ¿Dónde estábamos resistiendo?".

"Caminé varios días... llevando a todas partes un dolorcillo amargo en las entrañas, pero una mirada firme en los ojos. Como si nos hubiéramos desdoblado... De repente nos hallábamos haciendo cosas externas sin resonancia interna. Mecánicamente... Poco a poco fue quedando claro que había que luchar ahora para mantener la lealtad a la causa en momentos de derrota... Ahora era cuestión de ética personal, como un problema de conciencia a decidir: ser leal o desleal en la derrota. Era como si la derrota colectiva nos hubiese transformado, de golpe, en individuos de carne y hueso...".

"Comenzamos a mentirnos, unos con otros. Comenzamos a despistarnos, unos a otros... Entramos en un período de justificaciones...".

"Pero la mayoría, unos por un camino, otros por otro, nos enfrentamos a un segundo día D, sólo que esta vez personal: la represión, el seguimiento, la tortura, el asilo, el campo de concentración, el exilio. Para muchos, ese día D significó la muerte. Para los

demás, fue una experiencia profunda de la contrarrevolución, más profunda de lo que había sido nunca para nosotros la experiencia de una real revolución. No hicimos la revolución como partido, pero vivimos la derrota como individuos. Esta experiencia única concluyó por coronar, de un golpe, el largo proceso de nuestra transformación personal como entes políticos. . . .”

“Nuestra generación corre el riesgo de ser tal vez la más frustrada en lo corrido de este siglo. . . el trauma sistemático que la ha perseguido desde 1973, difícilmente tenga parangón en Chile. . . .”

“He repasado innumerables veces mi historia doméstica. Para ser honesto, digo que allí se ha desenvuelto un problema complejo e insistente, que uno no esperaría de una realidad puramente epifenoménica y marginal como ésa. Al principio, cuando nuestra militancia nos llenaba el día y parte de la noche, fue un problema que nos arreglamos para posponerlo, dilatarlo, tramitarlo. . . . Después el tiempo se nos ensancho con el exilio, o con la ilegalización de la militancia. . . . Así, la crisis doméstica se nos vino encima como una avalancha de agua sucia, retenida demasiado tiempo por una represa mal construida. . . .”

“Sumidos ahora en una realidad aplastante, todo ello se nos presenta como un sueño. Un sueño persistente hasta el hastío. . . . que parece condenarnos a la insatisfacción frente a la cotidianeidad de nuestras vidas actuales. . . . quitándonos de la boca el sabor a futuro, a vida, a placer, a porvenir. . . .”

“He tenido que pensar mucho en esto. ¿Cómo es posible que estemos viviendo una suerte de ‘crisis social’? ¿Por qué, pese a la claridad meridiana de nuestras ideas políticas acerca de estas cosas, se nos fragmentó ese mundo maravilloso de la sociabilidad militante, se convulsiónó lo doméstico y la ‘infra’ dejó de ser lo que era para nosotros? . . . Algo anda mal en alguna parte. Podría ser, por ejemplo, que no hayamos hecho una adecuada evaluación política de ciertas especificidades sociales. Que hayamos privilegiado el Partido como el principal – si no el único – continente social válido. . . .”

“No tenemos paz, no logramos acostumbrarnos. Nada nos satisface. . . . Somos sospechosos. . . . El desarraigo no descansa ni deja un minuto de alimentar la angustia. . . . la vida cotidiana se nos hace extraordinariamente pesada. . . .”

“Así podrían hilvanarse algunos hechos, fragmentos de historia personal mía, tuya, de ellos, de ellas, cuando, si alguna vez, como de repente alguien nos preguntara en una tarde dictatorial o de exilio, un día recordatorio autobiográfico, que cuál es nuestra inquietud personal nuestra posición de ‘yo’ en cuanto ‘yo’ ante un eventual, nuevo, proyecto histórico del pueblo remeciéndonos, sin saberlo todas las células históricas de nuestra mente. . . .”

## CONFRONTACION DE IDEAS HISTORICAS: EL “QUIEBRE DE 1973”.

“ . . . los diagnósticos. . . coinciden en que la destrucción de la democracia en 1973 fue el resultado final de una ‘crisis de consenso’ en la sociedad chilena”<sup>3</sup>

“En este sentido dinámico, la ofensiva ‘a tres clases’ iniciada en 1954 no involucró un debilitamiento del consenso democrático, sino, estrictamente hablando, todo lo contrario”<sup>4</sup>

No es fácil distinguir, sumidos ya en la fondo mismo de ‘la ruptura’, los procesos y factores que la provocaron. Para ‘explicarla’, la mayoría de los intelectuales de izquierda ha tendido a proyectar ‘hacia’ el pasado lo antagónico de lo que se intenta realizar ‘desde’ el presente. Ya que, puesto que ahora se procura alcanzar –entre todas las fuerzas políticas y sociales de la nación– un cierto “consenso democrático”, se colige de aquí que la ‘causa’ del llamado “quiebre de 1973” no fue otra que la ‘crisis’ del consenso democrático producida con anterioridad a esa fecha.

La premisa mayor de este silogismo –de clara genealogía aristotélica o tomista– es, sin duda, ésta: ‘la democracia se funda, en general, sobre el consenso de todas las fuerzas políticas y sociales de la nación’. Como tal, ése es un postulado ideológicamente atractivo que, en la coyuntura presente que vive Chile, es, incluso, saludable. Pues, según se puede observar, asocia la ‘idea’ de democracia con un ‘valor’ ideal máximo (el del consenso nacional pluriclasista).

<sup>3</sup> E. Tironi. “El quiebre de 1973”, en *La Torre de Babel* (Santiago, 1984).

<sup>4</sup> Ver más adelante en este mismo apartado.



Con ser eso así, no puede dejarse de mano el hecho de que, históricamente hablando, la democracia *ha sido* un proceso social de sustancia y de lógica menos silogística. Menos idealizado. Porque, ya antes de que ocurriera la "crisis de consenso" — o sea, cuando supuestamente encarnaba en su máximo grado relativo el ideal consensual—, la democracia chilena fue denunciada como una estructura que "enajenaba" la soberanía política del pueblo. En verdad, no fue el 'consenso' sino el 'conflicto' la sustancia social e histórica de la cual, aun en sus fases de mayor estabilidad, esa democracia se nutrió.

En tanto que método de explicación 'científica', el idealismo político suele ser utilizado avalórica y dicotómicamente: postulando la afirmación de un valor hacia el futuro y constatando la negación de ese mismo valor en el pasado. Quien proviene de alguna 'omnipotencia anómica' despeñada, suele abrazar, como técnica de remonte, no sólo esas 'avaloraciones totales' propias del idealismo, sino también las 'perspectivas estructuralistas' —no historicistas— a las que dichas avaloraciones se acomodan mejor.

Es indudable que, para el imperativo de restaurar la democracia —en general— en Chile, dado el "quiebre de 1973", las avaloraciones idealistas son indispensables y, por lo mismo, legítimas. Pero no son óptimas, en tanto ellas constituyen un inadecuado dispositivo epistemológico para explicar históricamente el dicho quiebre.

¿Qué es más importante para el adecuado desarrollo del movimiento popular: el realismo histórico o el idealismo político?

Como quiera que sea la respuesta a esa pregunta, no cabe duda que la ponderación histórica del "quiebre de 1973" es un ejercicio epistemológico de relevancia. Toda ruptura histórica exige —de naufragos tanto como de dictadores— una mensura meticulosa de los planos fracturados y de los pisos solevantados dentro de la sociedad. De ello dependerá el grado de ruptura que todos 'los actores' necesitarán establecer con respecto a su propio pasado. Y dependerá también el tipo de 'resoldamiento' que corresponda emprender, el retrazado de los frentes de contradicción y conflicto, y —sobre todo— las tierras nuevas que será preciso roturar para abrir camino a un intensificado proyecto histórico de la clase popular.

La historia de Chile no ha sido pródiga en casos de 'ruptura total'. La Revolución de 1810, por ejemplo, generó mucho debate, mucho ajeteo de salón y faccionalismo patricio, todo ello duplicado por masivos desplazamientos de campesinos y reclutas. Sin embargo, a final de cuentas, el saldo consistió en la amputación de un seg-

mento de la vieja élite colonial, en la acomodación ideológico-formal del Estado y, particularmente, en la liberación histórica de algunas tendencias económico-políticas que, comprimidas, se habían estado desarrollando desde mediados del siglo XVIII. No hubo, a nivel de la 'estructura central' de la sociedad chilena, ninguna ruptura significativa. La modificación de esa estructura vino después —hacia 1840—, pero no a ritmo de ruptura y crisis, sino de transformación económico-institucional.

La desintegración del 'orden portaliano' —el gran tema político de la derecha chilena —no se produjo tampoco por 'ruptura' (aunque, según ciertos autores, sí dio lugar a un encadenamiento de crisis parciales: 1851, 1859, 1860, 1891, 1920, 1931, 1970, 1973...), sino, más bien, por la desfuncionalización progresiva de las pulsaciones autoritarias dentro de un flujo democrático de sanguinidad creciente<sup>5</sup>. Es típico, en este sentido, el nimio significado histórico de la llamada "revolución" de 1891, pues, habiendo representado un triunfo de las fuerzas derechistas, no trajo consigo la restauración del 'orden portaliano' sino, por el contrario, una fase inferior de su declinación. No en vano se la denominó también "el fraude de 1891".

El famoso decanato de "los cambios" (1920-32) no fue diferente. Ninguno de los cambios de ese tiempo fue, realmente, 'rupturista'. En su mayor parte, consistieron en tendencias históricas que, a lo largo de 3 o 4 décadas, habían acreditado 'ascenso' (v.gr.: la entronización política de los grupos medios, la democratización del Estado, difusión del nacionalismo industrial, etc.), o 'declinación' (v.gr.: el poder oligárquico). Ni fue muy diferente, en 1970, la entronización de la Unidad Popular al Gobierno, pues, si bien en el plano internacional era un acontecimiento insólito que un movimiento 'marxista' ganara el gobierno de su país mediante una limpia carrera electoral, eso mismo, en el plano doméstico, era sólo la culminación y remate de la gran marcha institucionalista iniciada por el movimiento obrero hacia 1910.

Si Chile no ha exhibido una historia muy rica en 'rupturas totales', ofrece a cambio —como puede desprenderse del recuento anterior— un variado surtido de 'juegos tendenciales': ascensos, declinaciones, traslapes, torsiones, trueques, sustituciones, etc.; es decir, 'estructuras históricas', donde esas tendencias y juegos tendenciales se han agrupado en paquetes temporales de, aproximadamente, 40 años. La dialéctica de esos 'juegos tendencia-

<sup>5</sup> Sobre las crisis portalianas: M. Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX* (Santiago, 1981).

les' parece ser, más que las 'rupturas catastróficas', la clave estructural de la historia de Chile.

Por lo tanto, si escasas han sido las 'rupturas totales', escasos también han sido los 'resolamientos totales'. O, si se prefiere, las restauraciones a valor máximo. Es cierto que, en los últimos 100 años, las fuerzas de derecha han intentado innumerables veces restaurar el 'autoritarismo' portaliano. Pero es evidente que esos intentos han constituido 'resolamientos' fraudulentos, en tanto han trabajado sobre la cuenta arriba de un movimiento democrático secularmente ascendente, y en servicio de una tendencia ha mucho desechada por la sociedad y la historia de Chile. Menos que resolamientos, esos intentos no son otra cosa que ritos de salvataje, *in rigor mortis*, de tendencias que ya no pueden encarnar valores sociales máximos, sino sólo antivalores, o sea, que sólo pueden producir subhistoria. Que ellos involucren una exasperación creciente no cambia en nada ésa, su naturaleza esencial.

Dados esos antecedentes, ¿constituyó el "quiebre de 1973" una ruptura histórica 'total'? ¿Que tipo y grado de restauración trajo consigo? ¿Se trata, acaso, de la culminación y superposición de una tendencia histórica secular? ¿O ha sido, por el contrario, una *rara avis*—habitante de estratos históricos ya fosilizados— que, en un recodo especialmente torsionado de los juegos tendenciales, emergió por sorpresa?

Razonemos.

En primer lugar, el Golpe de 1973 produjo una dictadura que, por sus características, no tiene parangón en la historia de Chile. Ni el Director Supremo O'Higgins, ni el "déspota" Portales, ni el "tirano" Balmaceda, ni el "dictador" Ibáñez controlaron jamás la suma total de poder que maneja hoy el Capitán General Pinochet. El actual régimen ha potenciado el aparato estatal hasta niveles sin precedentes. Dispone así de un poder estatal (no necesariamente 'político') ilimitado, de tipo arbitral, que está capacitado para modificar en cualquier sentido la estructura social, el sistema económico y la institucionalidad política del país. Esta acumulación de poder es un hecho absolutamente nuevo en la historia de Chile, aun considerando la época en que regía sobre el país el poder imperial del rey de España. Dada esta omnipotencia arbitral, constituye un régimen que, en sí y por sí mismo, es de carácter 'rupturista'.

En segundo lugar, ha tratado de imponer un modelo económico que institucionaliza la hegemonía del mercado exterior subordinando los mercados domésticos. Esto ha significado privilegiar más el comercio que la producción, los grupos financieros más que los industriales, y el desem-

pleo más que la plena ocupación. O, lo que es lo mismo, la especulación más que el desarrollo. Como lo que es, no es un modelo nuevo en la historia de Chile. Pero sí es un modelo arcaico, pues se implementó, también en un contexto estatal autoritarista, entre 1831 y 1861, aunque no en la versión teóricamente depurada y políticamente extremista de hoy. Después de 1861 sobrevivió con altibajos, tendiendo a cristalizarse como un modelo económico 'recesivo', de oposición. Con ser y todo reaccionario—en tanto que recesivo—, conservó una vitalidad longeva, inyectada sobre todo desde el exterior. Fue desde tal carácter que erupió en 1973, iniciando un proceso de restauración que 'involuciona' en algo así como 130 años. Pero, si 'arcaico', es también un modelo 'actual', en cuanto internaliza los intereses de venta (o sea, mercantiles, no productivos) de los grandes países capitalistas del mundo. Por su raíz arcaica y por expresar intereses foráneos, configura un cuadro histórico y socialmente intrusivo que es, por sí y en sí mismo, de tipo 'rupturista'.

En tercer lugar, a objeto de hacerse lugar dentro de un tiempo histórico densamente poblado de tendencias democráticas, integracionistas e industrial-desarrollistas, el régimen brotado del Golpe de 1973 se ha visto obligado a preservar sus poderes rupturistas haciéndose intrínsecamente excluyente. En consecuencia, ha forzado—entre otras "modernizaciones"—la clausura del único puente levadizo que habría permitido a la sociedad chilena permear su castillo: el sistema político. Esto ha significado desfuncionalizar casi por completo a la 'clase política' tradicional. Y también desfondar los canales de sustentación que ésa había desarrollado en la base social. Una vieja tendencia institucionalista fue así, también, obturada e interrumpida.

Se puede concluir que la actual dictadura 'es', pues, rupturista. El problema radica en ver si el 'poder rupturista' del actual régimen es realmente capaz de romper y alterar irreversiblemente la dinámica de las tendencias históricas chilenas. O sea, si es realmente capaz de cavar una ruptura 'total', de profundidad catastrófica, con paralización definitiva de esas tendencias. O, por lo menos, alterarlas en la dirección específica que el régimen desea. Pues también cabe la posibilidad de que la dictadura consiga, de hecho, alterar las tendencias históricas, pero no en la dirección deseada por el régimen, sino en ruta a un punto diferente, equidistante—en un ángulo que es preciso determinar—entre sus objetivos y el viejo derrotero histórico. La evaluación histórica y política de este 'sego' es un asunto de capital importancia, porque no sólo puede testimoniar que el intento de la dictadura por

quebrar la espina dorsal de las tendencias históricas chilenas resultó un fracaso —refutando con ello la tesis de la *ruptura total*—, sino también orientar la *'desviación'* (o *'corrección'*) que la línea de *'resoldamiento'* deberá tener con respecto al derrotero histórico. Traza, pues, tanto la proporción del fracaso dictatorial como el monto de innovación y renovación que deberá introducir el proceso de re-democratización.

El torrente de la historia suele ser más fluido y absorbente que lo que las *rara avis* de la subhistoria, en su interioridad dictatorial, necesitarían para volar.

Siendo la apuesta historicista más probable que la dictatorial, cabe pensar que las rupturas perpetradas desde 1973 están ofreciendo, en los hechos más que en el espíritu, una amplia oportunidad para que los sectores derrotados en esa fecha puedan depurar su dinámica histórica de aquellos mecanismos o actitudes que, por ineficientes, frenaron o bandearon en el pasado su movimiento conjunto, contribuyendo a precipitar la crisis. La irrupción de los valores fósiles (o antivalores) de la historia suele ser el medio a través del cual se purifican y desarrollan los valores realmente vivos de la sociedad. Hoy, esta *'mediación'* parece beneficiar de un modo particular a la Izquierda, que fue la única fuerza política frontalmente derrotada en 1973. La Derecha y el Centro, aunque variablemente engañados por el giro dictatorial del Golpe, han sido y son básicamente continuistas y puramente restauracionistas. En este sentido, sólo la Izquierda podría portar hoy, en tanto fuerza *'renovadora'*, la historicidad viva del pueblo.

En contraposición a lo dicho, las interpretaciones históricas basadas en las *'avaloraciones totales'* y en las *'perspectivas estructuralistas'* tienden a ver el giro dictatorial del Golpe de 1973 no como un levantamiento rupturista de los estratos históricos fosilizados bajo las tendencias vivas, sino, más bien, como la descomposición de los *'valores democráticos'* en la misma sociedad chilena. En razón de esto, esas interpretaciones han retro-proyectado *'el quiebre'* hacia una fecha distante no sólo del *'giro dictatorial'*, sino también del mismo Golpe de 1973: en algún momento de los años 40. En este sentido preciso, se trata de interpretaciones que, en general, se cobijan bajo la misma perspectiva epistemológica de la Derecha chilena, que por casi un siglo ha visto *'el quiebre'* hendiendo aguas desde que el *'consenso portaliano'* comenzara a esfumarse del alma nacional. Naturalmente, hay también diferencias. Véase el siguiente texto:

*"... los diagnósticos... coinciden en que la destrucción de la democracia en 1973 fue el resultado final*

*de una 'crisis de consenso' en la sociedad chilena... el rompimiento de los consensos está en la base de la crisis de la sociedad chilena en las últimas décadas... existe una estrecha asociación entre la crisis de consenso y la invocación de... la lógica del pacto o de la concertación"*<sup>6</sup>.

O este otro:

*"... ¿por qué fracasó en Chile el régimen democrático?... en tres años este edificio tan atractivo y, a la vista, tan sólido, se derrumbó definitiva e irremediablemente... Y lo ocurrido en 1973, naturalmente, no pasó sólo dicho año: venía de atrás. La clave del derrumbe democrático, pues, reside en el proceso por el cual la misma democracia chilena se fue desarrollando: una enfermedad congénita, oculta y fatal, llevaba a aquella hacia la muerte..."*<sup>7</sup>.

Por supuesto, ya no es posible hablar hoy de *'crisis moral de la República'* como lo hizo E. Mc Iver, en frases famosas, a comienzos de siglo. O como, en frases no menos famosas, plantearon más tarde A. Edwards y M. Góngora, teniendo en mente esta vez la declinación secular del *'orden portaliano'*. Es posible, también, con igual grandilocuencia, hablar hoy de la *"muerte irremediable"* de la democracia (histórica) en Chile. Pero en la actualidad es preciso dar razones más concretas acerca de *"cuál fue el consenso que se rompió y qué factores llevaron a ese resultado"*. A este respecto véase el siguiente texto:

*"... A. Foxley responde (que) aquel de la industrialización... donde el Estado juega el papel fundamental. Esta alianza (los sectores populares, los grupos medios y la clase empresarial) se erosiona porque el Estado juega un papel predominante en la esfera económica, induciendo al repliegue del empresariado, cuya 'percepción de amenaza' va en creciendo por efecto de las planificaciones globales de corte ideológico; como resultado, el empresariado, así como la izquierda... terminan buscando el reemplazo del régimen democrático..."*<sup>8</sup>.

Según esta cita, el *alma mater* de la democracia chilena no fue otra que *'el rol económico del Estado'*. Fue en tor-

<sup>6</sup> E. Tironi, "El quiebre...", loc. cit., 73-4.

<sup>7</sup> G. Vial, *Historia de Chile* (Santiago, 1984, 3a. ed.), I, 7-8.

<sup>8</sup> E. Tironi, "El quiebre...", loc. cit., 75 et seq.



no a esa 'alma' específica donde se desarrolló la crisis, la cual fue "precipitada" por la acción de los siguientes "factores":

"1. la poca habilidad de las fuerzas centristas; 2. (la) ampliación de la representación democrática de los partidos (que trajo consigo) la disminución de sus capacidades de concertación; 3. (la) incongruencia entre un estilo político excluyente y rígido... y una realidad electoral... que obligaba al compromiso y a las concesiones mutuas; 4. la escasa receptividad al cambio social de parte del sistema jurídico-normativo; 5. (la) permanente lucha entre el Presidente y el Congreso; 6. (el hecho de que) las planificaciones globales iban acompañadas de la decadencia de la deliberación política..."<sup>9</sup>.

De acuerdo a la interpretación transcrita, el "consenso" que se rompió con anterioridad a 1973 estuvo articulado por: a) los grupos medios; b) los sectores populares, y c) el empresariado. El "quiebre" se habría producido por un desacuerdo entre el empresariado y "la izquierda" acerca del rol económico del Estado. La crisis misma se habría acelerado, hasta percutir el Golpe de Estado, por la acción corrosiva de 6 factores precipitantes de variada naturaleza.

Critiquemos.

Si el consenso estuvo constituido por los sectores sociales que se mencionan, entonces éste no fue un consenso 'nacional', sino, sólo, una coalición política: la del Frente Popular, en su versión de los años 30. Como es sabido, ese consenso especial (frentista) ingresó en un tren de fragmentación desde 1941, más o menos, y concluyó por atomizarse a mediados de los años 50, cuando la Izquierda proclamó la 'independencia política del proletariado', con surgimiento del FRAP y la CUT; cuando el Centro dogmatizó la autonomía de los parámetros estructurales del desarrollo, y la Derecha la prevalencia de los intereses 'empresariales' en lo doméstico en tanto congruentes con los intereses 'estratégicos' del capitalismo desarrollando. Y el proceso que desató todo eso no fue tanto la implementación (buena o mala) del llamado "Estado Empresarial", sino los efectos encadenados de:

1. la estragante economía de "cooperación para la guerra" (caliente y fría) impuesta por EEUU al hemisferio latinoamericano entre 1938 y 1960, aproximadamente, aprovechando su condición de referente externo 'único'

para la economía de ese hemisferio;

2. la creciente escasez de divisas y crédito de largo plazo que se derivó de esa "cooperación", lo que mermó sustancialmente la capacidad del sector empresarial público y privado para sostener y aumentar sus tasas históricas de inversión reproductiva;

3. la reorientación que eso determinó en el desarrollo del Estado chileno, que pasó desde una especialización en el fomento fabril a otra que determinó la hipertrofia del "Estado Benefactor", con los consiguientes efectos de burocratización y carrera social;

4. la reorientación del sector empresarial, desde el proteccionismo estatista a la asociación directa con los capitalistas extranjeros;

5. la fragmentación ideológica que, en vista de esos y de otros problemas, estalló dentro de la "masa radical" tanto como al interior de la Izquierda chilena, etc.

La magnificación de las críticas de parte de la "nueva izquierda" conluyó por conferir a todo ese proceso, como se sabe, un espaldarazo teórico 'categorial'.

En ese contexto —caotizado además por el llamado "ibañazo"— la Izquierda se desprendió de sus históricos (e inseguros) aliados de Centro y se lanzó en una escalada estratégica, ideológica y clasistamente depurada. Por su parte, los desbandados grupos medios tendieron a reagruparse tras los palios cristianos, que prometían, en apariencia, mayor robustez moral que los ateos mesócratas del pasado, al paso que lucían, además, una novedosa 'planificación' tecnocrático-populista. Por su parte, los grupos de Derecha, atentos a los desplazamiento de sus empresarios mayores, fueron más lejos aún y comenzaron a trabajar 'a favor' de la dependencia y 'en contra' del Estado Empresarial-Benefactor. En suma, fue un hecho que el 'frentismo popular' entró a desintegrarse en relación directa con la crisis que se incubó en los años 40 y que explotó en los 50. Inyectadas por esa crisis, las fuerzas clasistas se separaron, cada una siguiendo el dictamen de sus programas 'definitivos'.

Sin embargo, preciso es recordar que semejante diáspora se canalizó dentro del gran consenso constitucional de 1925, reafirmando periódicamente después con cada elección nacional. En verdad, la ruptura de las coaliciones políticas constituía una parte orgánica del proceso democrático enmarcado por esa constitución. Y fue por esto que cada una de las fuerzas clasistas que se depuraron a sí mismas después de la crisis de 1954, fue probando su programa definitivo 'intra-democráticamente', y absorbiendo sus fracasos dentro del mismo juego. Esta experiencia fue dejando claro a todos los contendores que,

<sup>9</sup> Ibidem.

a objeto de no multiplicar los fracasos y de aumentar la 'eficiencia', era necesario alterar la Constitución de 1925, con el fin de dotar al Poder Ejecutivo de los poderes necesarios, no sólo para sobreponerse al incómodo Senado, sino, principalmente, para remontar de una vez y para siempre la crisis nacional y la crisis 'propia'. Y fue por ello que, desde 1957, todos los Presidentes salientes cuidaron de recomendar a los entrantes la conveniencia de reformar la 'estructura' misma del Estado.

Si un consenso democrático existió entre 1954 y, tal vez, 1972, fue aquel en el que confluían todas las fuerzas políticas autonomizadas, a saber: que la sustancia del Estado chileno debía ser alterada, a objeto de hacerla más eficiente a los objetivos de integración social, desarrollo económico y estabilidad institucional. La reforma de la Constitución en el sentido señalado llegó a ser, por lo tanto, un objetivo multiclasista. Ello explica la tendencia general a 'blufear' con ofensivas de 'final de juego' y a plantear —unilateralmente, forzando negociación— proyectos clasistas de reforma constitucional.

Fue un hecho casi fortuito que ese juego consensual haya culminado y alcanzado un punto crítico precisamente cuando la Izquierda (autonomizada) estaba tomando, por primera vez, su turno en la rotativa de intentos y fracasos que se había inaugurado a comienzos de los años 50. La 'aceleración' del consenso se produjo por su misma dinámica tendencial, pero llegó a una curva crítica cuando el gobierno de la Unidad Popular comenzó a proyectar una imagen exagerada de sí mismo (proletarización de los años 50, el fantasma comunista, el área "social" de la economía, la prepotencia de los rebeldes del '68, etc.). Se creyó entonces que la Izquierda iba a ser la primera fuerza 'democrática' que iba a acometer en serio la movida de 'final de juego', abandonando la técnica negociadora del bluff. De haber triunfado J. Alessandri en vez de S. Allende en 1970, bien pudo haber sido la Derecha la que, apremiada por su propia juventud rebelde tipo '68, hubiera amenazado con abandonar el bluff, embarcándose así en un proceso crítico no muy diferente al que sirvió de despañadero a la U.P. Esto habría provocado, sin lugar a dudas, una reagrupación diferente de las fuerzas 'opositoras'.

Pero eso no fue así, y el 'final de juego' se produjo, por lo tanto, en el turno gubernamental de la Izquierda. De la 'ejecución' de ese experimento resultó que, del consenso tri-clasista por la reforma estatal que existía todavía hacia 1972, se llegó en Septiembre de 1973 a un consenso bi-clasista (proletariado excluido), y, hacia 1976-7, a la exclusión de todo consenso clasista. El consenso

'tri-clasista' hacia el cambio institucional fue, pues, roto, primero, por la misma lucha de clases (1973), y más tarde (1977?), no por otro que por el 'rupturismo dictatorial'.

El consenso 'constitucionalista' de 1925 no había sido, tampoco, un consenso nacional, ni tri-clasista. Primero, porque la 'idea' de un sistema presidencialista (o sea, neoportaliano) y la de un sistema económico conversionista y librecambista (o sea, tipo Universidad de Princeton) tuvieron un rol dominante, lo que fue consecuencia de un 'estado ideológico' coyuntural, mezcla de las lecciones aprendidas durante el primer gobierno de Alessandri, de confusión ante los problemas económicos del país, y de reverencia ante los doctores en Economía del exterior. Sin embargo, así y todo, ese consenso fue entendido como un marco constitucional dentro del cual —como en los circos romanos— podían y debían representarse enconadas luchas interpartidarias, faccionales, de grupos y de clases. Es decir, un ruedo en el cual estaba permitido formar y romper coaliciones y desplazarse mutuamente, hasta dejar a los adversarios fuera de combate. Y fue por esto que los 'consensos políticos' se rompieron al mismo día siguiente de cerrado el 'consenso constitucional' de 1925. Es que, mientras el perímetro amurallado de la 'arena' política fuera respetado, la vida de la democracia chilena no iba a ser otra cosa que el entusiasmo puesto en el 'conflicto' de clases. En este sentido dinámico, la ofensiva 'a tres clases' que se inició en 1954 no involucró un debilitamiento del consenso 'democrático' sino, estrictamente hablando, todo lo contrario. Otra cosa distinta era que, por el mismo hecho de la vitalidad democrática —todos los espectadores terminaron por bajar a la 'arena'—, el consenso constitucionalista de 1925 se hiciera poco funcional. La lucha de clases, que se rige más por el largo que por el corto plazo, y más por la dinámica histórico-social que por un ser de normas escritas en el pasado, tendía a rebasar, hacia 1972-3, los 'marcos constitucionalistas' de la lucha democrática. La ausencia de la clase popular en el consenso 'nacional' de 1925, y la omnipresencia allí de 'humores' librecambistas (que, a su vez, debilitaron los desarrollistas), pesaron como lastre sobre la cola del frenético proceso 1954-72, haciendo de la 'constitucionalidad' un estorbo más bien que un vehículo para resolver los problemas.

Lo que realmente parecía haberse debilitado hacia 1972 no era, pues, el 'consenso democrático' (ya que éste era función del entusiasmo triclasista regulado), sino el cuadro constitucional de 1925, y la valoración política de 'lo nacional' en sí (no como mera extrapolación de 'lo clasista').

Es preciso aclarar, tal vez, que aquí entendemos la 'democracia' en un sentido histórico y dinámico, no ideal. Es decir, como la 'convivencia' de clases sociales que luchan entre sí para imponer, dentro de un razonable *fair play*, sus proyectos históricos respectivos. En tanto que dinámica social pura (donde un constitucionalismo más o uno menos no es lo verdaderamente 'histórico' sino una mera cuestión de acomodo externo), la democracia chilena había alcanzado un desarrollo considerable, precisamente mientras más incómodo resultaba el marco constitucional de 1925.

Ahora bien, es evidente que una lucha triclassista, aunque es capaz de dar a la 'convivencia' democrática una super vitalidad histórica, genera también situaciones algebraicas que suelen ser no sólo más complejas, sino, sobre todo, más 'circulares' que una lucha simple entre ricos y pobres. De ella es más improbable que se abra la salida aquella en donde 'una' clase impone a la nación (o sea, a sus dos contendores) sus intereses particulares, presentándolos como legítimamente 'nacionales'. Para desembarcar en una salida unilateralmente clasista, se requiere, en un caso así, que la clase triunfadora disponga no sólo de la mayor masa social, sino también de la más eficiente y persuasiva solución a los problemas 'nacionales', y de un razonable poder disuasivo armado. Reunir todo eso no es fácil, porque esos factores suelen reconocer filas e identificarse históricamente con una u otra de las clases sociales: la gran masa, con la Izquierda; el aparato armado oficial, con la Derecha; y el instrumental tecnocrático-nacional, con el Centro. Producir una revolución clasista en el Chile pre-dictatorial presupone que la clase triunfante hubiese succionado de algún modo la sustancia política 'específica' de las clases adversarias. Y eso, sin lugar a dudas, requería de un tiempo social más parecido al de las típicas tendencias históricas chilenas que al aparente inmediatismo de alguna revolución-modelo de "otras latitudes". Fue esta dificultad la que convirtió la ofensiva 'a tres clases' abierta en 1954 en un peligroso juego de finteos y blufes, con sus correspondientes efectos alucinantes. Y en el perdió su mano la Unidad Popular, que blufó más de lo que le permitía el único 'as' que tenía en la manga: la masa popular.

La intervención militar de 1973 fue, en este sentido, un evento 'lógico' dentro del proceso político específico que se inició, sobre una plataforma tri-clasista, en 1954. Todos sabían, desde entonces, que era necesario llegar a una suerte de solución final. Todos sabían que lo ideal era que esa solución fuera la clasista propia. Todos entendían que, en una primera etapa, valía la pena hacer un intento

dentro de las reglas de 1925, blufando. Pero todos fueron entendiendo que, de todos modos, había que cambiar esas reglas. Y todos tenían muy claro que, si alguien convertía su *bluff* en una violación unilateral de esas reglas, los demás irían sin falta a los cuarteles. Y casi nadie ignoraba que, si alguien cometía ese error al momento de 'jugar su mano' y todos los otros golpeaban puertas de cuarteles, debería enfrentar un Golpe Militar. Y fue porque se sabía todo eso que algunos comenzaron a apertrecharse de armas por su cuenta, por lo menos desde 1964.

El Golpe Militar de 1973 no fue una sorpresa para nadie. Para nadie, al menos, que no fuese ingenuo. El Golpe formaba parte lógica del juego de la convivencia democrática dentro del cual las clases chilenas se enfrentaban entre sí. Todas las clases eran viejos tahures históricos. Sabían que estaban jugando 'en grande' y que tenía que haber un 'final de juego'. Todo era cuestión de saber jugar, de sabiduría estratégica y macquería táctica. El 'Golpe', pues, formaba parte del 'juego', pero no de la 'constitución' del juego. De lo que se trataba era, precisamente, de ganar la reforma del marco constitucional cuando se era 'mano': en estos consistía el aspecto convivencial, 'democrático', de la lucha. Es por esto que no se puede calificar el Golpe Militar de 1973 como, en sí mismo, 'rupturista', pues era en sí el final lógico más probable del proceso político específico iniciado en 1954.

Lo que sí no era lógico dentro de ese proceso era que el Golpe Militar, en lugar de dar paso a la modificación 'consensual' del marco constitucional (probablemente, en base a una constituyente bi-clasista otra vez, como en 1925), desenterrara de los estratos fósiles de la historia chilena un insólito espécimen dictatorial que, a poco andar, definió su paso por la historia en los términos de un rupturismo arbitral.

Ese es el problema del 'giro dictatorial' del golpe, ya mencionado antes. De ese 'giro' ha resultado un igualmente insólito cuadro normativo-institucional que, por no sustentarse en ningún consenso ni mono, ni bi, ni tri-clasista, es un cuadro socialmente vacío. Es como un circo romano con administradores, pero sin arena política, sin combates parlamentarios y, sobre todo, sin 'leones' luchando. Que el rupturismo haya elegido sus víctimas favoritas: la de los militantes de izquierda y la de la masa de sus seguidores inmediatos, no significa que el contenido social de la nueva 'constitucionalidad' sea burguesa o mesocrática. Es reaccionaria, sí, pero es preciso reconocer que esa constitucionalidad no refleja con propiedad los 'objetivos históricos' de la derecha democrática chilena (que es la única derecha 'posible', puesto que los reaccionarios anti-demo-



cráticos se auto-excluyen del espectro convivencial de la sociedad). La vaciedad 'social' de ese sobre-impuesto cuadro normativo-institucional tiene un nombre: es la perfecta anomia 'estructural'. Es decir, no una enfermedad de la sociedad, sino de la estructura que se le quiere incrustar.

Es por eso que, por razones 'sociales', el orden dictatorial no puede ni podrá sostenerse como una tendencia histórica. Pues no sólo se situó en contra del movimiento popular, sino también contra la misma lucha de clases. Y esto último puede ser un error muchísimo más grave de lo que los catecismos políticos anti-democráticos hacen creer a sus escasos catecúmenos. Porque, mientras la sociedad chilena sea clasista (y lo será, según todos los pronósticos, por muchas décadas por venir), la sociedad chilena demandará democracia, confrontación franca y ojalá libre de las diferencias, y consensos constitucionales 'macucos' que permitan luchar en paz. Lo demás es pura anomia.

Bajo el presente régimen, las (siempre jóvenes) tendencias históricas podrán hallarse dictatorialmente rotas y 'constitucionalmente' excluidas, pero no 'socialmente' abolidas. Las rupturas que se han hendido aquí y acullá no involucran, necesariamente, discontinuidad histórica. Al menos, en relación a las tendencias clasistas. Por lo tanto, los eventuales brotes de anomia 'social' que puedan ser encontrados en los labios de esas rupturas, no tienen un origen intrínsecamente social: más bien, son casos de anomia corto-punzante, de flotación superficial. Nada que no sea, en el fondo, transitivo. La 'norma' auténtica se ha replegado a lo profundo del ser social, y las tendencias históricas se encargarán, a la hora de la verdad y al debido tiempo, de sacarla de allí.

(A decir verdad, las 'tendencias históricas' no anidan sólo, bajo circunstancias dictatoriales, en el incoiente colectivo, sino también en los periódicos y documentos del pasado, en los libros de historia, en la memoria de los viejos, en la sensibilidad social de poetas e intelectuales, en la creatividad de la nueva generación, en el mismo sinsabor de la miseria, en la ira engendrada por la represión, en la profundidad emergente despertada por la tortura, en la ceguera del enemigo, en la sombra larga de los ricos, en el ritmo movilizante de la música popular, en el instinto concreto de la mujer de pueblo, etc.).

El rupturismo arbitral practicado por la dictadura ha tenido —ya podemos referirnos a ella en pasado— la insospechada virtud de potenciar la capacidad legisladora del pueblo chileno, dándole, precisamente en el espacio de su fracaso, una oportunidad de excepción para ejercitar esa capacidad, entre otros aspectos, con relación al con-

senso clasista-constitucional buscado a tientas, pero macucamente, antes de 1973. Nunca antes un régimen tan anómico dio tan excelente oportunidad de recuperación a las tendencias históricas que configuran la sustancia más propia de la sociedad chilena, en el sentido de poder limpiar sus impurezas.

Es por ello que vale la pena echar un vistazo a las impurezas que la presente anomia estructural del régimen permitiría, a los interesados, erradicar en un futuro no muy lejano:

### IMPUREZAS

1. La tendencia paternalista a entender el Estado como el 'padrino' que da a los ciudadanos lo que éstos no tienen y hace lo que aquéllos podrían hacer por sí mismos.
2. El estatismo innecesario (con hipertrofia burocrática), que monopoliza para sí todos los trabajos 'nacionales', restando autodeterminismo a las bases comunales y coagulando la iniciativa social.
3. La excesiva autonomización y auto-reproducción de la 'clase política' que, al centralizar los objetivos sociales en sí misma, vacía el contenido de la democracia de base y debilita el control ciudadano sobre los poderes políticos.
4. El ideologismo formalizado doctrinaria o 'teóricamente', y expresado 'profesionalmente', con su falta de realismo, de empirismo, su desprecio por la historia y su falta de 'sociabilidad'.
5. La militancia divorciada de los 'grupos primarios', con su extrañamiento frente a la vida cotidiana, su desvalorización de lo comunitario, y su propensión a degradar los seres o instituciones no-militantes.
6. La especialización ensimismada de 'lo político' que monopoliza para sí tanto las vías para llegar al poder como el poder mismo, y relega a los demás órdenes sociales (lo religioso, lo cultural, etc.) al pasturaje bucólico de los potrereros distantes.
7. La estructuración puramente futurista o utopista de los 'programas políticos', con escasa o ninguna consideración al potencial específico del 'aquí', del 'ahora' y del 'nosotros mismos'.
8. La confusión —a veces demasiado gruesa— entre los intereses que son propios de la clase y los que son propios de 'lo nacional'.
9. La reducción de la sociedad viviente a un sistema —por lo común dicotomizado— de clases sociales supersimplificadas, metafísicamente categorizadas y sin ninguna diferenciación dinámica interior.
10. La reducción de la práctica científica a un 'ensayismo' creador y a una teorización 'a ojo de buen varón'.

(más una jerga que se estima carismática), sin investigación empírica ni profesionalismo académico.

Esas son algunas de las impurezas —más otras que urgiría descubrir— que, en su frontis o su costado, traían las tendencias históricas. El rupturismo dictatorial ha exagerado algunas de ellas hasta niveles grotescos, mientras ha dejado otras, simplemente, a la luz. A su vista, resulta difícil no pensar en la necesidad de profundizar los procesos de renovación política. De ocurrir esto, Clío sonreiría, por primera vez en muchos años.

## EN EL CENTRO DEL NAUFRAGIO: ¿SCYLLA O CARIBDIS?

La línea del naufragio puede ser vertical y profunda. O bien, horizontal y moviente.

La primera conduce a plantear centralmente el problema de *'la anomia social'*. La segunda, el problema del *'movimiento social'*.

Ambos han sido fantasmas rondantes de la generación del '68, que hoy emergen con naturalidad a la conciencia teórica. Su exorcismo analítico parece constituir un ritual necesario, de pasaje hacia el hollamiento final de *'la salida'*.

## LA ANOMIA

Las rupturas dictatoriales han volteado el terreno social en casi todas las áreas a la vista. No cabe duda que, de haberse regido por un consistente proyecto *'social'*, esas rupturas habrían esculpido, una con otra, una real *'revolución histórica'*. Pero no. Como no se han regido por un proyecto de esa sustancia, lo que han hecho es poner en marcha un real proceso de *'involución histórica'*.

En general, la dictadura ha intentado reorganizar el tejido social de Chile echando a trabajar, en el centro de la sociedad, un aparentemente nuevo mecanismo de *"articulación de los intereses sociales de grupos y clases"*: el mercado. A los pocos años, este mecanismo ha producido los siguientes efectos:

1. Una reducción significativa del número de asalariados con respecto a los que viven de una ocupación "independiente";
2. Un aumento desproporcionado de los individuos que viven de una ocupación independiente, especialmente en el sector comercio y servicios, quienes suelen carecer *"de identidades sociales y de proyecciones colectivas..."*;
3. Un abultamiento considerable del *"sector marginal"*, que, además, desarrolló características nuevas: a) incorpo-

ración de un voluminoso contingente de jóvenes, b) transformación de las familias en unidades de subsistencia, y c) dependencia más directa frente al Estado <sup>10</sup>.

Esos efectos no son *'simples'* efectos. Uno con otro, han configurado un proceso desarticulador, que ha alterado la estructura misma del *"sistema de estratificación"* que, por décadas, se había estado desarrollando en Chile con relación a un movimiento de industrialización estatalmente inducido. La imposición del mecanismo de *'mercado'* ha conducido a deteriorar la relación de los sectores sociales chilenos con el proceso básico de producción. Antes, éste *"confería a la estratificación social chilena, al menos tendencialmente, las formas de un sistema de clases"*. Allí, los grupos asumían los roles y statuses que ese proceso definía para ellos. Ahora, sin esos pilares fundamentales, el *"sistema de estratificación"* se encuentra derrumbado:

*"... el sentido de las transformaciones (dictatoriales) en la estratificación social chilena debiera ser identificado con la destrucción, sin a la larga ningún reemplazo, de un tipo de estructura de la integración social... La imagen de un estructura social que ha estallado en pedazos ilustra una hipótesis perfectamente plausible" <sup>11</sup>.*

El *'mercado'* ha sustituido mal al *'proceso productivo'*. No sólo ha hecho estallar la estructura social que descansaba en ese proceso, sino que no ha asignado roles orgánicos ni statuses claramente estratificados a la sociedad chilena actual. No siendo capaz de producir *"un nuevo tipo de organización"* de las relaciones sociales que ha roto, el *'mercado'* (dictatorial) no ha hecho otra cosa que dejar a la sociedad sin referentes de identidad y conducta. *"En suma, se ha creado una situación de desarticulación, atomización y anomia... una aguda tendencia involutiva" <sup>12</sup>.*

El estallido de la estructura social desarticuló también las clases sociales, dejando, en su reemplazo, sólo cúmulos sociales desclasados, amorfos, sin identidad:

*"... no se visualizan conglomerados clasistas netamente diferenciados: la mayoría de la población se localiza en posiciones independientes e inestables..."*

<sup>10</sup> J. Martínez & E. Tironi, "La estratificación social en Chile", Pensamiento Iberoamericano, 6 (1984), 110 et seq.

<sup>11</sup> E. Tironi, "La desestructuración social. Debate a partir del ejemplo chileno", D.T., 38 (1985), 11-2 y 40.

<sup>12</sup> E. Tironi, "La desestructuración...", loc. cit., 41.



quedó una sociedad prácticamente sin clases; se extiende en su reemplazo una masa anómica"<sup>13</sup>.

Los actores sociales son presa entonces de "sentimientos agudos de inseguridad", por lo que desarrollan estados de ansiedad, de inestabilidad emocional, de división y agresividad. Entregados a sí mismos, los individuos se refugian—retrocediendo en el proceso de evolución— en los "grupos primarios".

*"La gente se identifica cada vez menos desde un punto de vista de clase, corporativo, profesional... los individuos tienden a reunirse en grupos primarios como la familia, los grupos de amigos, la comunidad religiosa, o bien la secta política de vocación mesiánica"*<sup>14</sup>.

Así, aislada en grupos primarios segmentados, la población se transforma en una "masa indiferenciada, imitativa y sugestionable", habiendo llegado a este estado "libidinal", la sociedad chilena se encuentra incapacitada para realizar "acciones colectivamente organizadas, con historicidad propia". Por lo tanto, "no hay movimientos sociales propiamente tales"<sup>15</sup>.

Sumidas en su estado libidinal, las masas sociales chilenas están prestas a seguir cualquier tipo de liderazgo carismático, incluso aquellos que puedan operar en contra de ellas mismas. Los actores sociales de la historia chilena se han diluido en el lodo corrosivo de las "relaciones de mercado". De la anomia se ha pasado, sin interrupción, al anodamiento de la sociedad misma. Es por esto que, hoy, no hay actores para producir un nuevo "pacto social", un nuevo contrato colectivo, ni siquiera una nueva concertación. En conjunto, la sociedad chilena actual es "extraordinariamente hostil a la democracia", pues lo que prevalece en ella es "una cultura individualista dominada por el miedo". Es por ello que se puede afirmar que:

*"La chilena es hoy una sociedad en ruinas"*<sup>16</sup>.

Estamos viviendo, pues, en una situación de anomia, y en esta anomia, marchamos en un proceso de "involución" histórica, del cual no podemos postular ninguna, reversibilidad futura. Cuando menos, previsible. Estamos en un retroceso sin retorno.

<sup>13</sup> Id., "Disolución social: 4 variaciones sobre una misma hipótesis", D.T. 43 (1985), 3-5.

<sup>14</sup> Ibidem, 25.

<sup>15</sup> E. Tironi, "Disolución...", 37-8.

<sup>16</sup> Id., "El problema de la democracia", Mensaje, VI (1985), 194 y 196.

## EL MOVIMIENTO SOCIAL

No es posible plantear la perspectiva del 'movimiento social' de un modo objetivista y/o deduccionalista. Se podría, sin duda, pero a costa de distorsionar la lógica específica (social) que rige ese movimiento. Pues no constituye un problema de intelección estructurada, sino de percepción y, sobre todo, de 'expresión' intersubjetiva. Lo cual no quiere decir que no tiene historicidad, Es por ello que la mayor fidelidad a su lógica social se alcanza en el alegato frente a las perspectivas objetivistas, pues se identifica y fortalece por contraste, dialécticamente.

Los datos objetivos son indimentables: la acción dictatorial ha introducido algunas rupturas en el sistema de estratificación social chileno. En lo fundamental, eso ha consistido en la reducción o en incremento del 'status cuantitativo' de los grupos sociales. Así, los sectores asalariados han disminuido (y, en especial, el proletariado industrial) y los independientes han aumentado (sobre todo el sector de la "extrema pobreza"). Esto ha determinado una alteración 'de grado' en las relaciones inter-estratales, disminuyendo la capacidad articuladora del proceso 'productivo' y aumentando la de los mecanismos automáticos del 'mercado'. Lo que no significa que, con la ruptura, el proceso de 'producción' se ha miniaturizado hasta desaparecer, asavalado por el totalitarismo 'mercantil'. En verdad, de los datos objetivos sólo se puede concluir que, en las relaciones ponderativas entre 'producción' y 'mercado' ha habido una alteración 'de grado' del equilibrio histórico, que, esta vez, ha inclinado la balanza, en algunos 'grados', en favor del mercado y de sus sectores 'independientes' dependientes. De aquí a postular el colapso total del modo de producción vigente en Chile y de su yuxtapuesto sistema de clases, hay un trecho considerable.

¿Cómo se mata una clase social en Chile?

Como en todas partes: aboliendo de raíz el modo de producción que la estructura. Pero, si bien no es posible matar una clase "en sí" sin ese requisito, bien puede un rupturismo dictatorial 'dejar inconciente' la clase "para sí". En esta diferencia radica, precisamente, toda la impotencia y toda la potencia de los rupturismos dictatoriales de tipo reaccionario y/o arbitral; es decir, su esterilidad histórica neta. Pero 'dejar inconciente' el "para sí" de una clase como la popular no es un trámite de despacho simple, ni es cuestión sólo de fuerza en el punch. Es, en puridad, un asunto extremadamente complejo y elástico, porque no se trata de algo externo sino interno, ni mecánico sino dialéctico, ni de follajes sino de raíces.



Para dejar inconciente a la clase popular en Chile se requeriría:

1. Eliminarle el dolor de su miseria y la rabia por la represión de que es objeto;
2. Arrancar de cuajo su propensión comunitarista y colectivizante; o sea, sus '*grupos primarios*';
3. Confiscar el territorio privado de su intimidad aprisionada; o sea, sus pensamientos;
4. Vaciar por completo la memoria de sus viejos y las aspiraciones de sus jóvenes frustrados;
5. Impedir el desarrollo de la dignidad que deriva de la indignación; esto es: la reacción contestataria;
6. Impedir que se vea a sí misma en el brillo de los ojos de los que, desde otra posición, la observan, la piensan y la ayudan.

Porque todo esto es lo que la clase popular tendría que perder para quedar inconciente de su condición de '*clase popular*'.

Pero basta una breve inspección del contorno clasista actual de Chile para constatar que la clase popular, pese a los golpes recibidos, no ha perdido este equipaje histórico fundamental. No cuando menos su identidad '*en sí...*', que, tal vez, su identidad '*para sí*' se haya hecho, de visible, invisible. Lo que no es un cambio '*cuantitativo*', sino cualitativo.

De cualquier modo, desde 1870, más o menos, es posible distinguir en Chile una bien diferenciada —aunque pequeña— clase capitalista, y un reconocible —aunque pequeño— proletariado industrial. Ambos con claras '*posiciones*' dentro del proceso de productivo, con '*statutes*' diferenciados, jerarquizados y antagónicos, y entretejiendo una red de '*relaciones sociales de producción*' que se expandía en conformidad y ritmo a las tasas de crecimiento industrial. En general, este sistema estratal de tipo capitalista tendió a expandirse y a incrementar su radio de influencia a todo lo largo del siglo 1870-1970. Lo que no es poco decir. Sin embargo, tal expansión tuvo lugar con las relativizaciones que se pasan a enumerar:

1. Fue siempre un sistema sujeto a crisis recurrentes, las que correspondían a la estagnación o descenso de las tasas netas de desarrollo industrial;
2. Debido a eso y a otros factores de estructura, el desarrollo económico global fue lento, insuficiente, y sujeto a frecuentes ciclos '*desestructurantes*';
3. Una de esas desviaciones desestructurantes fue la sedimentación de un descomunal peonaje desocupado o subocupado, que ha sido inocultable en toda la historia de Chile (aun durante la U.P.);

4. Otra de esas desviaciones desestructurantes fue el bloqueo de la propensión empresarial de los grupos medios, y la apertura de un ancho canal burocratizante y de meros servicios;
5. Otra de esas desviaciones desestructurantes fue la especialización del Estado Capitalista como Estado Empresarial y/o Benefactor, de creciente composición social tri-clasista;
6. Otra de esas desviaciones desestructurantes fue la hipertrofia relativa de la '*clase política*', en creciente confrontación con el empresariado industrial;
7. Otra de esas desviaciones desestructurantes fue la larga dominación de la élite financiero-mercantil, asociada estrechamente a los capitalistas extranjeros;
8. Y otra fue, finalmente, la debilidad histórica del eje capitalista de articulación de las clases (es decir, el constituido por el empresariado industrial y su contraparte proletaria).

Como se puede apreciar, las '*desviaciones desestructurantes*' han constituido un hecho '*normal*' en la historia económico-social de Chile. Tanto, que han operado —de hecho, y heréticamente— como factores activos de estructuración social. Por lo que, para hablar de ejes de estructuración de clases, es preciso conceder a los subsistemas desestructurantes el mismo rango teórico que al sistema estructurante '*capitalista*'. El hecho de que las teorías '*dualista-estructural*' y '*marginalista*' se hayan desacreditado entre los científicos sociales, no debe inducir a ignorar o aminorar el hecho de que en Chile, desde hace cuando menos dos siglos, ha existido un gigantesco (mayoritario) conglomerado social de tipo popular que no es ni proletariado industrial típico ni campesinado propio: tal: la llamada '*masa marginal*', o '*grupos subalternos*', o '*subproletariado*', o '*pobladores*', o '*sector informal*', o como quiera llamarse (preferiríamos '*peonaje*', por ser su nombre histórico original). El peonaje chileno ha constituido en sí, por siglos, un subsistema de características específicas.

Ni cabe tampoco desconocer el hecho de que las persistentes '*desviaciones desestructurantes*' se han coligado para hacer madurar un precoz capitalismo de Estado, una ancha burocracia pública para el servicio público, una red de agencias para el desarrollo social y económico, etc. que, antes de 1973, configuraron un sorprendente subsistema pre-socialista. Si queremos hablar del eje del sistema de clases en Chile debemos tomar en cuenta, por razones de regularidad histórica, las dialécticas relaciones entre: a) el subsistema popular '*arcaico*', con su propio proceso de transformación y '*modernización*'; b) el subsistema

burocrático-estatal, de identidad parasocialista, y c) el sistema capitalista (débil) propiamente tal. Las eventuales "involuciones o desestructuraciones", así como los "resol-damientos", han tenido, tienen, y tendrán lugar dentro de ese complejo juego de relaciones.

En este sentido, el rupturismo dictatorial se ha practicado, de preferencia, 'contra' el subsistema pre-socialista heredado del pasado. La idea ha sido abrir cancha para la expansión del sistema capitalista (débil). Pero, al imponer, en el hueco así creado, el imprevisible dispositivo del 'mercado', no se favoreció ni al empresariado industrial ni al proletariado industrial (eje del sistema capitalista), sino a la centenaria élite financiero-mercantil y a sus asociados de siempre (eje central de las desviaciones desestructurantes del capitalismo chileno). Con el agregado de que se abultó a tasas record el subsistema popular de tipo 'arcaico' (léase: "peonaje"). El resultado neto de todo ello ha sido que, si bien se debilitó —el 'algún grado'— el eje capitalista de articulación de las clases, se forzó al extremo la 'polarización clasista' de la sociedad chilena. En el siguiente sentido: a) agudizamiento de la oposición entre ricos y pobres, y b) no en los términos estructurales del 'proceso productivo', sino en los distributivos y consumistas del 'proceso de subsistencia'.

No se han abolido las clases, ni su conflicto. Pese a que sus tamaños relativos han sido alterados, las clases de siempre están cruzadas por una tensión conflictual intensificada. Si se quiere, el conflicto se ha hecho más arcaico. En ciertos aspectos, reproduce el del capitalismo mercantil del siglo XX chileno, que opuso a peones contra patricios; o mejor dicho, a los peones contra los militares tras los cuales se guarecían los patricios. El 'conflicto' no ha sido, pues, desestructurado por la acción dictatorial, por el contrario: tiende a reproducir más fielmente sus formas históricas.

Es preciso, tal vez, detenerse algo en el punto relativo a los llamados "sectores independientes", que tanto se han multiplicado desde 1973 en la mitad inferior de la escala social. A veces se cree que estos sectores carecen, por definición, de "identidad social", y que, en consecuencia, cuando se multiplican en exceso e incrementan su gravitación dentro de la sociedad global, no hacen otra cosa que abultar las masas anónimas y enterrar los "proyectos colectivos" del pueblo. ¿Quiénes constituyen estos: "sectores independientes"? Los siguientes, en orden histórico: los arrieros, los carreteros, los regatones, los maritateros, los pirquineros, los bodegoneros, los cateadores, los carrettoneros, las chinganeras, las fondistas, los peones de todos tipos, los artesanos, los medieros, los veginos, los

ferianos, los microbuseros, los taxistas, los transportistas menores, los artistas de cabaret, las stripiseras, las prostitutas, las copetineras, las cabronas, las dueñas de casa, los vendedores callejeros, los lustrabotas, los suplementeros, los parceleros, los cantantes de micro, etc. O sea, algo así como el 60% de la población hábil del país y como el 80% de lo que podría llamarse la 'clase popular'. Más aún, estos sectores son, de entre todos los que han sido incluidos en la expresión "bajo pueblo", los que han tenido la más impactante visibilidad social cotidiana a espacio abierto, sea en la calle o en despoblado. Por esta misma razón —o sea, por no consituir su identidad en el espacio cerrado de una oficina o una fábrica—, han estado siempre 'más cerca' de los acontecimientos 'de masa'; es decir, de la 'mecánica' social y política. La historia de las revueltas, asomadas, insurrecciones y huelgas a fondo enseña la abundante presencia de estos 'sectores independientes'. Su omnipotencia ha 'coloreado' el sector inferior de la sociedad chilena, otorgándole el sello de su 'cardcter' y la efigie de sus actitudes. Es decir, han sido la flor y nata de lo que ha sido, históricamente, el "bajo pueblo" chileno. Hoy —por enésima vez en nuestra historia— es el sector que proporciona el mayor número de cuadros 'espontáneos' para salir a la calle a 'combatir' los (sus) opresores de turno.

Que el proletariado industrial sea la identidad social 'ideal' —en tanto estrato masivamente dependiente de un salario— para situar los objetivos populares de liberación, no significa que los que no son dependientes de un salario carezcan de identidad social y de capacidad para 'entrar' en la lucha de clases. En un país como Chile, tan coaccionado por 'desviaciones desestructurantes', los "sectores independientes" copan la mayor parte del 'pelo popular' de la lucha. Y por su independencia, acaso, se hallan eventualmente más 'libres' para entrar en la lucha. Pues, para la mayoría de los casos, esa independencia 'consiste' en la extrema pobreza, la máxima opresión y la suprema desviación, o sea, en el fondo 'definitorio' de lo que es en sí mismo el "bajo pueblo".

Lanzar contingentes de ex-burócratas y ex-proletarios al fondo masivo del "sector independiente", es, como se dijo, una forma de reafirmar una de las más antiguas tendencias de la historia de Chile, que, aunque de carácter 'desestructurante', ha sido 'normal'. En este sentido específico, el rupturismo dictatorial no ha hecho estallar la estructura social de Chile. Si ha agravado algunas de sus enfermedades crónicas. Las clases polarizadas no sólo han resistido el embate, sino que han tensionado un poco más su conflicto tradicional. Y este hecho es de suma impor-

tancia, porque esa mayor tensión involucra una presión acrecentada por restaurar y refaccionar las viejas 'estructuras'. Pues si las 'estructuras' determinan los ejes de estratificación, las tensiones entre clases operan también retroactivamente, rectificando la ordenación estructural. Es por eso que, si las clases sociales no desaparecen, los "estallidos" que percuta un rupturismo dictatorial en la estructura de una sociedad no hace estallar, en definitiva, nada. En esa condición, los "estallidos estructurales" no son sino bombas de humo histórico. En historia, casi todos los estallidos no pasan de ser ilusión óptica, sobre todo a ojo de dictador.

Y la ilusión no es culpa ni de las clases ni de la estructura de clases. Ni siquiera del rupturismo dictatorial mismo. Sino, en último análisis, de la anomia propia del dictador. Como se dijo antes, de la vaciedad social de su proyecto de estructuración. No se debe confundir la 'anomia estructural' propia de la dictadura con la situación forzada en la que se halla comprimida la gran 'masa' de la sociedad chilena. Asestar sobre la sociedad un orden dictatorial anómico, equivale a hacer desaparecer de la superficie institucional la 'ley positiva' —o sea: la que tiene carne social viva—, hundiéndola en su refugio natural: el fondo íntimo de la sociedad civil. Eso es tanto como reencarnar la 'ley positiva' en el único legislador que conoce la historia: el pueblo. Y mientras más abrupta la imposición dictatorial, mayor la potenciación legisladora del pueblo. Es por esto que el "bajo pueblo" constituye, a la vez —lo que es un privilegio histórico—, el objeto y el sujeto de la ley.

En este sentido específicamente 'histórico', ningún chileno que esté dentro del radio directamente afectado por la opresión sufre de una verdadera 'anomia social' en tanto siga siendo sociedad viva. Por el contrario: está 'cargado' de una racionalidad histórica latente desusadamente rica, que, cuando llegue su hora, se expresará bajo una forma 'normativa'.

Es cierto: la sociedad que recibió de lleno el golpetazo de la 'anomia estructural' se replegó a sus "grupos primarios" (¿dónde si no?). Pregunta: ¿constituyen los grupos primarios un factor corrosivo de la 'identidad social' de los sectores populares? ¿Son fuentes productoras de irracionalismo político? ¿O de imbecilidad histórica? Replegarse allí ¿significa deshuesar la sociedad para dejarla caer inerte, amorfa e indiferenciada, a los pies de cualquier (incluyendo el más anti-social) líder?

En la ponderación histórica de los 'grupos primarios' (familias, pandillas, comunidades de base, sectas religiosas, etc.) influye, indudablemente, un juicio de valor, de formulación subjetiva. Cada cual es libre de valorar en más o

en menos los grupos primarios con relación a los 'asociativos' o secundarios. La generación rebelde del '68 valoró más, sin lugar a dudas, los últimos. La tradicionalista y reaccionaria, los primeros. Hasta cierto punto, esto depende del lado en que se ve la cabeza del proceso de 'humanización'. Un historiador puede, como ente con subjetividad, 'valorar' militantemente, en un sentido u otro; pero como observador de los procesos subjetivos e intersubjetivos, está obligado a valorar todo por igual. Pues, históricamente, el hombre habita 'todos' sus mundos: los primarios tanto como los asociativos. Y si alguna vez es expulsado de algún paraíso asociativo-estructural, se va con toda su humanidad —la divina tanto como la pecadora, y sobre todo esta última— a alguna contingente guarida primaria que, no por "chata, gris y oscura", tiene menos dinamismo social. Porque el insalvable mundo social de la cultura ("no se encontrarcela, cavernarios!") no se esfuma de la noche a la mañana, ni se prostituye para siempre en el lecho de 'las estructuras' (y nunca en aquellas de género anómico-dictatorial). Y porque algún tirano famoso podrá secar el pasto tras el paso de su caballo, pero no la cultura que brota —como aliento— de los grupos sociales 'vivientes'; es decir, del 'movimiento social'. En este sentido, los grupos primarios, que en el principio de la historia aparecieron creando no sólo la cultura sino también 'las estructuras', pueden en cualquier momento 'recoger' sus creaciones y contenerlas dentro de sí, nuevamente, como una nueva gravedad. Es por esto que las grandes estructuras son —en última instancia— reales históricamente en esta gravedad resurreccional, en este de profundis intrínsecamente humano. Y sólo allí. Cuando llega el tiempo de los dictadores, la historia se renueva dentro de los grandes prisioneros y en la sociabilidad de los hombres simples.

Es dentro de los 'grupos primarios' donde los hombres residen. Donde, de noche, descansan. Donde, más a menudo que no, se desalientan de sus 'objetivaciones' asociativas, estructurales. Donde las mujeres 'primarias', los viejos desvalidos, los niños y los incapacitados asumen su mayor valoración 'social'. Donde, por último, se afianzan los irreductibles sentimientos de 'solidaridad'. Ha sido y es el lugar natural para iniciar (y consumir) los procesos de 're-socialización'. Cuando un dictador arroja al pueblo desde las urbes institucionales y asociativas hacia el potro distante de lo social y comunitario, no ha hecho otra cosa que meter la sociedad dentro de sí misma, y al movimiento político dentro del movimiento social, y a todos dentro de su poder histórico.

"Es por ello que las masas alienadas despojan a los



alienadores de su historicidad, precisamente a través de los mecanismos de opresión, y más mientras más alienantes sean éstos..."<sup>17</sup>.

La ruptura de un determinado orden institucional no anada, por más dictatoriales que hayan sido los métodos empleados, la energía histórica: sólo la transforma repotenciándola. Es decir, compeliendo la sociedad a desarrollar, por cualquier tipo de 'concertación', un nuevo, o bien, restaurado orden normativo-social. Pues el grado, calidad y complejidad de la energía históricamente acumulada por una sociedad a una cierta etapa de su desarrollo, ya no puede experimentar desestructuraciones o 'devoluciones' irreversibles. La experiencia histórica se conserva consuetudinariamente, alternando entre un 'orden normativo' explícito en tiempo de estabilidad, y un 'poder de transformación normativa' en tiempo de cambio y ruptura institucional. Este juego dialéctico entre 'institucionalidad pública objetivada' y 'poder social privado de transformación o restauración normativa' es, sin duda, uno de los mecanismos claves de los procesos históricos. De aquí la enorme importancia que contiene el concepto de 'movimiento social', en tanto que diferente del de 'funcionamiento estructural' y del de 'movimiento político', y aun del de 'anomia estructural' (dictatorial).

El 'movimiento social' no es más que la sociedad (especialmente la popular) en su estado puro; es decir, en el gerundio de la creación social de sí misma. Es por ello que el 'movimiento social' tiene su origen en el estrato del 'bajo pueblo'. Y, principalmente aquí. Puesto que, normalmente, el "bajo pueblo" siente la necesidad de la 'recreación

permanente' como un imperativo categórico. Por lo tanto, en ese sentido específico, el 'movimiento social' no admite la anomia como una parte de sí, ya que la anomia está siempre donde no está el pueblo.

El problema no radica en si el pueblo tiene o no 'ley', sino en conseguir que el pueblo 'legisle' su ley. Y en esto hay un doble problema: a) la fuerza ahistórica acumulada por los poderes y estructuras 'anómicas' (dictatoriales o no) que hacen resistencia al movimiento de recreación de la sociedad, y b) el tranco a través del cual el bajo pueblo expresa y manifiesta su 'legislar'. El primer problema requiere luchar contra los enemigos y, no tan de tarde en tarde, contra los errores propios. El segundo, consiste en aprenderse el 'tranco del pueblo'. A grandes rasgos, este tranco va así:

1. Tiempo uno: 'largo'. Estática aparente. Introversión. Los grupos primarios como refugios herméticos. Siembra. Maduración de gérmenes soterrados.
2. Tiempo dos: 'trémolo'. Indignación visible. Rabia. Extraversión floreciente. Movimiento expresionista descoordinado. Avances y retrocesos caóticos.
3. Tiempo tercero: 'allegro'. La solidaridad está inundando todos los poros. Crece la confianza, codo a codo. Primavera. La movilización tiende a hacerse sostenida y confluyente. Las coyunturas comienzan a anudarse, unas con otras.
4. Tiempo cuarto: 'andante cantabile'. El movimiento sostenido construye su propio cauce melódico. Las expresiones aisladas se anudan, estructurándose. Comienza a sentirse el peso de la fuerza histórica. Hay politización. Los grupos oyen su poderoso coro conjunto: es la Ley.

Hay que caminar con el tranco del pueblo. Pero también hay que abrirle paso.

<sup>17</sup> G. Salazar, *Labradores, peones y proletarios* (Santiago, 1985), 15.

